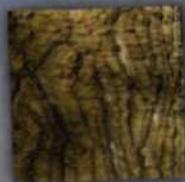


LOS MAPUCHES

araucanos
huilliches
pehuenches
pampas
ranqueles
tehuelches
querandíes



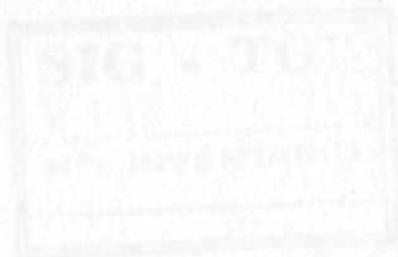
SENDEROS
DE LOS PUEBLOS ORIGINARIOS DE AMÉRICA



EDICIONES DEL SOL

LOS MAPUCHES

Omar Lobos



Biblioteca Blanca Iribarne

Escuela Nacional Normal Superior

"JOSE MANUEL ESTRADA"

Agustín

LOS MAPUCHES

Omar Lobos



Si ensuciás, escribís o inutilizás este libro
no lo podrán usar ni tus hermanitos ni tus hij

SENDEROS DE LOS PUEBLOS ORIGINARIOS DE AMÉRICA

Lobos, Omar

Los mapuches - 1º ed. - Buenos Aires : Del Sol, 2008.

96 p. ; 22 x 15 cm. (Senderos de los Pueblos Originarios)

ISBN 978-987-632-702-2

1. Historia de las civilizaciones y de la cultura. I. Título

CDD 909

Coordinación: Omar Lobos

Asesoramiento iconográfico y archivos de imágenes: Susana Frank

Ilustraciones: Andrea Trotta

Consejo asesor: Adolfo Colombres, Juan Namuncurá y Eulogio Frites

© Ediciones del Sol S.R.L.

Av. Callao 737

(C1023AAA) Buenos Aires - Argentina

Distribución exclusiva: Ediciones Colihue S.R.L.

Av. Díaz Vélez 5125

(C1405DCG) Buenos Aires - Argentina

www.colihue.com.ar

ecolihue@colihue.com.ar

I.S.B.N. 978-987-632-702-2

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

IMPRESO EN LA ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA

PROLEGÓMENOS

Quiénes son los mapuches

La palabra *mapuche* significa “gente de la tierra” (*mapu*: tierra; *che*: persona, gente), es decir, “nativo”. Este gentilicio, que es el más general, engloba no obstante muchos otros: en primer lugar, el de **araucaños**, que fue la denominación con la que los reconoció el conquistador blanco cuando llegó a América y que a veces se reserva solo al mapuche que habita el sur de Chile.

Alonso de Ercilla, poeta español que acompañó la gesta del conquistador Juan de Valdivia, denominó *La araucana* a su poema épico basado en la conquista del sur de Chile. La fama de esta obra extendió la denominación de “araucaños” entre los hispanohablantes.

Comentemos, de paso, que fue salvada como uno de los mejores libros en verso heroico castellano en el “donoso y grande escrutinio” que el cura y el barbero realizaron en la biblioteca de Don Quijote (*El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, primera parte, capítulo VI).

El poema se centra en la gesta de los caciques Lautaro y Caupolicán en los primeros tiempos de la conquista española.

Otra denominación, extendida sobre todo en la época de la guerra de fronteras (de la que ya hablaremos), es la de **indios pampas**. Con el nombre de “pampas” se conocía a los hombres que habitaban la actual provincia de Buenos Aires, del tronco mapuche pero con un fuerte sustrato tehuelche. No obstante, su lengua, religión y costumbres eran las de los mapuches. Hay quien dice que también pertenecían al tronco pampa los famosos querandíes (que aún hoy no se pueden identificar del todo) que asediaron y terminaron destruyendo la primera ciudad de Buenos Aires fundada por Pedro de Mendoza.





"Indios pampas"
Litografía de Morel (1841).

Los mapuches, sin embargo, tampoco se reconocían antaño en el gentilicio *mapuche*. Ellos se denominaban más específicamente de acuerdo con la región que habitaban: *huiliches* (hombres del sur), *picunches* (hombres del norte), *pehuenches* (hombres del pehuén o piñón¹), *ranculches* o *ranqueles* (hombres de los carrizales²).

Así también, en tiempos anteriores a su expansión por la Patagonia y la Llanura pampeana, ellos llamaban *puelches* a los hombres de otros pueblos que habitaban al este de la cordillera (lo que hoy sería el lado argentino): *puel*: este; *che*: gente.

En cuanto a los *tehuelches* —los antiguos patagones, un pueblo completamente diferente que luego habría sido mapuchizado³—, todavía en el siglo XVIII aparecen nombrados como *tehuelhet*, pero pocas décadas más tarde el sufijo *-het* (gente, persona) se ve ya reemplazado por el sufijo mapuche *-che*.

Expansión del pueblo mapuche

Divergen las teorías sobre el ámbito geográfico original de los mapuches. La más difundida los sitúa en el sur de Chile, en tanto allí los encontraron los primeros conquistadores españoles. Aunque hay otras que hablan de un desplazamiento anterior desde la Patagonia hacia la cordillera. En todo caso, los habitantes mapuches de la zona llamada "de entrecordilleras" ofrecían características tehuelches, entre las que sobresalía una gran estatura, a diferencia del mapuche del sur de Chile, mucho más bajo.

Hasta hay alguna teoría que los hace originarios de las islas de Asia, llegados por vía marítima utilizando la impresionante red de islas que tachonan el inmensísimo océano Pacífico.

- 1 Quizá con un sustrato huarpe. Habitaban el sur de Mendoza y norte de Neuquén.
- 2 Con marcado sustrato tehuelche septentrional o **guenaken**, habitaban la actual provincia de La Pampa y el sur de las provincias de San Luis y Córdoba.
- 3 Entre estos se distinguen los tehuelches meridionales —que vivían entre el Estrecho de Magallanes y el río Chubut—, llamados **aoniken**, y los septentrionales —que vivían entre el río Chubut y la Pampa—, llamados **guenaken**. Estos últimos fueron los que sufrieron la transculturación mapuche.

Como haya sido, lo cierto es que a la llegada de los españoles —y antes de la incorporación del caballo a su cultura— ya estaban bastante extendidos en el área geográfica que corresponde a su período de mayor esplendor.

Pero es cierto que la incorporación del caballo así como la proliferación de ganado cimarrón en la llanura pampeana fomentaron su expansión.

Ubicación geográfica

Después de haber extendido su influencia en una vasta región y de haber frenado por el norte el avance incaico (antes de que llegaran los españoles), los mapuches alcanzaron la máxima expansión de su territorio entre los siglos XVI y XIX, época en que fueron dueños de lo que hoy es el sur de Chile (desde el famoso límite del río Bío-Bío hasta la isla de Chiloé), casi todo lo que es ahora la Patagonia argentina, alcanzando por el norte toda la región de Cuyo (la palabra *cuyo*, *cuyún*, es mapuche, y significa "arena": *Cuyún mapu* significa "tierra o país de las arenas"), sur de Córdoba desde el río Cuarto (incluyendo lo que más tarde sería la provincia de La Pampa), sur de Santa Fe y toda la provincia de Buenos Aires.

Si miramos un mapa, no puede dejar de sorprendernos la inmensa extensión que tenía el país mapuche antes de que fueran doblegados, luego de trescientos años de lucha, en la famosa "Conquista del Desierto" que realizó Roca en 1879.



El territorio mapuche en el período de su máxima expansión (mediados del siglo XIX).

Esto podemos verificarlo aún hoy mirando un mapa actual y deteniendonos en la toponimia de toda esta región, es decir los nombres indígenas de accidentes geográficos, parajes o pueblos, desde el océano Atlántico al océano Pacífico: Chapadmalal, Cariló, Tapalqué, Carhué, Trenque Lauquen, Melincué, Toay, Ateuel, Malarhue, Bariloche, Temuco, Chiloé.

¿Chilenos o argentinos?

Una disyuntiva tan falsa como tramposa en la que el pueblo mapuche se vio envuelto fue la de "pertenecer" a un país o a otro, según se aceptara su origen de un lado u otro de la cordillera de los Andes. Pero —no importa cómo haya sido— el pueblo mapuche no era ni chileno ni argentino; era... MA-PUCHE. Las divisiones administrativas que fijó primero la corona española —y que luego de las guerras de la Independencia darían origen a los distintos países de Iberoamérica— son posteriores a ellos. (Y esto sucedió con muchos pueblos originarios, cuyos territorios, cuyas patrias, quedarían luego repartidas en países que nada tenían que ver con ellos.)

En el caso de los mapuches, tratándose del último pueblo de América en abandonar la resistencia contra los conquistadores, se vieron además entremezclados en las disputas que Argentina y Chile —ya consolidados como países— mantuvieron por sus límites. Los gobiernos argentinos los acusarían de "chilenos", por ejemplo, para tratarlos de "usurpadores" y obligarlos a abandonar sus propias tierras o exterminarlos, como ya veremos. O el gobierno chileno intentaría utilizarlos para tratar de apoderarse de la Patagonia.

Pero de hecho, para los mapuches, para lo que era su situación frente al blanco, poca importancia tuvo que España hubiera sido expulsada del antiguo Virreinato del Río de la Plata, y a los criollos, fueran argentinos o chilenos, los seguirían llamando hasta el final "españoles".

Solo después de doblegados se verían forzados a asumir la ciudadanía chilena o argentina que les cupo desde entonces.

MUNDO ESPIRITUAL

Un punto clave a considerar para el conocimiento cabal de cualquier pueblo es su concepción religiosa. Es decir, cómo ese pueblo se planta sobre la superficie de la tierra de acuerdo a su comprensión del mundo y de la existencia.

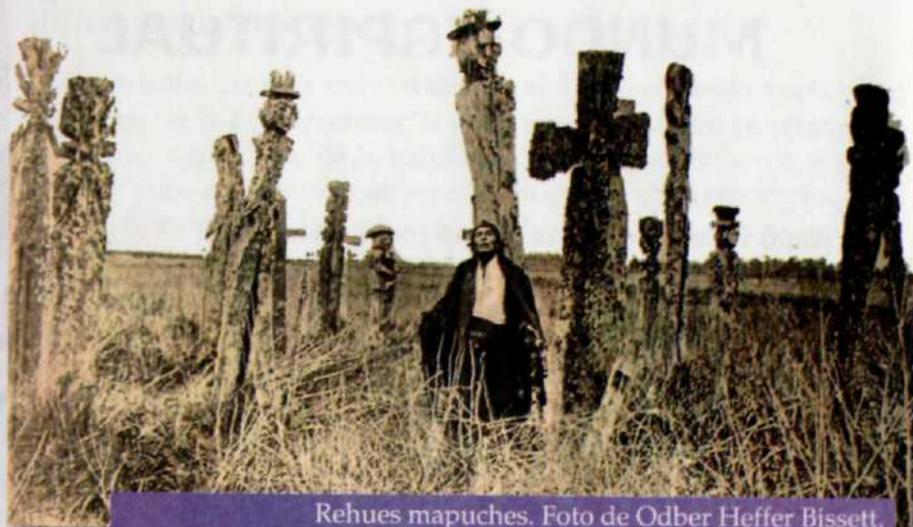
Esta comprensión, cada pueblo la refleja en sus mitos y creencias, y en el modo en que se relaciona con las cosas o las personas que lo rodean.

¿Mapu es "tierra", es "país"?

El *mapu* mapuche no es solo la tierra. *Mapu* es la noción de espacio o territorio en un sentido amplio, y este espacio está dividido en diferentes regiones:

- *Huall mapu* es el todo, el cosmos.
- *Huenu mapu* es la tierra de arriba. De allí que la palabra *huenu*, que significa "arriba", se traduzca como "cielo".
- Las personas, los animales y las plantas habitan el *nag mapu*, el mundo de la superficie.
- El *minche mapu* o mundo de abajo es el que alimenta al mundo de la superficie, dando sustento a personas, animales y plantas.





Rehues mapuches. Foto de Odber Heffer Bissett. Archivo: Museo Nacional de Historia Natural, Santiago de Chile.

Según la Biblia, cuando en el sexto día de la Creación Dios (el Dios judeocristiano de la cultura de la que formamos parte, y que llamamos cultura occidental) creó al hombre, le entregó el dominio sobre toda la tierra y las especies creadas antes sobre la tierra por el mismo Dios. De ese modo, la cultura del hombre occidental está legitimada desde sus orígenes para sentirse dueña del mundo y de la naturaleza.

En la cultura mapuche, como en muchas otras, la cosa no es así. El hombre es un elemento más entre todo lo creado. Y el dios que lo protege, Ngueñechén, es solo el "Dueño de la gente" (eso significa en mapuzungún)⁴, pero no del resto de la naturaleza. Entonces, para servirse de animales o vegetales como alimento, el mapuche tiene que pedir permiso a los espíritus protectores de animales o vegetales, así como para cruzar un río tiene que pedir permiso al espíritu del río.

Nos detenemos en esto porque es muy importante comprender de qué formas diferentes puede colocarse el hombre en el mundo y disponer de las cosas del mundo según la creencia que tenga o la cultura a la que pertenezca.

La religiosidad mapuche aspira sobre todo a preservar un equilibrio en la naturaleza, a la convivencia ordenada de todas las fuerzas (*nehuén*) que integran el *mapu* para que sea posible su conservación. El hombre, la persona, es el responsable de mantener ese equilibrio.

Así como el dios de los cristianos es uno y trino (Padre, Hijo y Espíritu Santo), el pensamiento mapuche concibe a los espíritus como cuatrinos (si

4 También se lo invoca como Calfuchao y Calfuñuqué (Padre azul y Madre azul).

Mito del diluvio

Cuentan que cuando en el mundo solo había mapuches, Caicaifilú, una serpiente mala, se enojó con ellos y provocó una lluvia que empezó a inundar todo. Esta serpiente vivía en el fondo del agua, y golpeaba el agua con la cola para que subiera más. De modo que los mapuches tuvieron que correr a refugiarse en las partes altas, y allí fueron a pedir ayuda a Trentrén —una víbora buena—, que vivía en una cueva. Como el agua subía, Trentrén hinchaba el lomo para que el cerro también subiera. Dicen que la pelea duró mucho tiempo, hasta que Caicai quiso subir a sacar a los mapuches de la cueva donde se habían refugiado y se enroscó en una roca muy grande. En ese momento, Trentrén la golpeó con su cola y la arrojó de vuelta al agua, y sobre ella cayó la piedra donde se había enroscado. Murió Caicai y dejó de llover, y los mapuches hicieron una rogativa para agradecer a Trentrén.

(Tomado de la versión recogida por César Fernández en *Relatos y romanceadas mapuches*, Buenos Aires, Del Sol, 1996.)

es que se puede usar esa palabra): Padre, Madre, Hijo, Hija —o también, Viejo, Vieja, Niño, Niña—, una concepción que dota a cada espíritu de las distintas facetas de la existencia.

Por ejemplo, así reza la rogativa del manzano:

Nuestro padre manzano,
Nuestra madre manzana,
Nuestra niña joven manzana,
Nuestro niño joven manzano,
Dame tu fruto con bondad para darle
alimentos a nuestros hijos...
Por todos los años, que nos dé frutos siempre.

Es que cuatro son los estadios en que puede hallarse toda persona, cuatro los puntos cardinales, cuatro las estaciones del año. Toda esta visión del mundo se halla representada en el parche del cultrún, el tambor ceremonial mapuche, dividido en cuatro, con cada extremo de la cruz rematado en tres franjas que remiten a las patas de tres dedos del choique o avestruz.



Cultrún.

Los pillanes

Además de Nguenechén, los hombres pueden contar con otras divinidades protectoras. Se denomina *pillán* en general a los genios tutelares de la raza, que habitan los volcanes o los altos montes (la palabra *pillán* significa también "volcán"). Tradicionalmente, puede convertirse en *pillán* el espíritu de alguien que haya sido un gran hombre, un gran jefe, por ejemplo.

Pillanpurún (baile del volcán)

El pillán es, en efecto,
está temblando mi corazón.
¡Pillán! Así nace el Pillán,
sale de la montaña el temblor,
brotó como manantial el temblor.
¡Pillán! Salta el pillán,
viene de la montaña, oscila, oscila.
Sale de la montaña, de la montaña.



"El volcán de la creación",
grabado de A. Bellocq.

El mapuche distingue distintas fases por las que pasa el espíritu después de la muerte. Denomina *am* al espíritu de quien recién ha muerto, que perdura todavía muy cerca de su existencia material, su

propia tumba, su familia, etc. Luego este espíritu inicia un proceso de sublimación (dicen que cuando ya no se lo llora) y se convierte en *pullú*, ya para retirarse al *huenumapu* o, si ha sido alguien ilustre, a los volcanes.

Las ceremonias religiosas mapuches

El nguillatún

Las rogativas, ceremonias con que el pueblo mapuche celebra a sus dioses, se llaman más o menos indistintamente *nguillatunes*, *nguellipunes* o *llellipunes* (esta es la denominación que se prefiere en Chile), y *camarucos*.

Nguillatún significa "rogar", "pedir". Es una ceremonia que conecta a las distintas comunidades, actualiza el *kimún* o saber del pueblo y renueva el *nehuén* o fuerza de cada uno, incorpora a los jóvenes a los rituales comunitarios, reinserta a los que han emigrado a los centros urbanos y, sobre todo, pone en juego todo el patrimonio cultural del pueblo mapuche: la práctica de su lengua, la producción artesanal (construcción de instrumentos musicales, tejidos, orfebrería de plata) y de comidas típicas, en un espacio y en un tiempo que se consideran sagrados.



Nguillatún realizado en Comunidad de San Ignacio,
Junín de los Andes, Neuquén, 1933.

como veremos más adelante, son las únicas que pueden "sacar" el canto sagrado (*tayill*) acompañadas del cultrún, son los hombres los que tienen a su cargo ejecutar la danza conocida como *puelpurrún*, *loncomeo* o *choiquepurún* ("baile del avestruz"). Por fuera de estas danzas, se realizan unas cuatro veces al día las cabalgatas rituales, con los caballos pintados con cruces de color azul.

Cuando se sometió al mapuche, todas las formas de su religiosidad fueron tenazmente combatidas. La primera Constitución Nacional de 1853, a la vez que sostenía el trato pacífico con los indios, promulgaba que debían ser convertidos al catolicismo. Esto luego daría pie a la encarnizada labor de los sacerdotes salesianos (que acompañaron la Conquista del Desierto) por apartarlos de su mundo espiritual.



Mujeres frente al rehue.
Nguillatún de Comunidad de San Ignacio, 1933.

Así escribía, por ejemplo, el sacerdote salesiano monseñor Cagliero en 1894:

Muchos indios se reunieron últimamente en una colonia cristiana para resucitar el rito supersticioso del camarujo. Yo había logrado en 1887 suprimirlo en la tribu de Sayhueque, cuando los instruí y bauticé en número de 700. La verdad es que dos veces realizaron todavía torneos supersticiosos consultando a las adivinas o brujas endemoniadas con sus bailes salvajes y orgías inmorales con peligro de la fe de los ya bautizados y de escándalo para los cristianos vecinos. Mas, informado por un padre de tierra adentro, acudí a las autoridades gubernativas, protestando de que no podía permitirlo un gobierno civil y cristiano, y de que había que tomar las necesarias providencias, por lo que fue prohibido.

Actualmente, el *nguillatún* se celebra más o menos anualmente en Argentina, y cada dos o cuatro años en Chile. La ceremonia en sí dura de dos a cuatro días, según las zonas. Aunque también hay *nguillatunes* más pequeños, que se realizan más espontáneamente ante alguna situación que lo requiera, como es el caso de sequías prolongadas, temblores, pestes, y que pueden realizarse en el seno de una sola comunidad.



Una ceremonia con elementos semejantes al *nguillatún* es la del *We tripantu* o *Wiñol trekatuy'pun* (la ceremonia del Año Nuevo o solsticio de invierno). Se celebra al amanecer después de la noche más larga del año, la que origina un nuevo ciclo de la naturaleza.

El nguempín

Significa "dueño de la palabra". Tradicionalmente, es el encargado de convocar al *nguillatún*, en tanto el poder de los caciques no se extiende al aspecto religioso. Debe ser siempre un hombre venerable por su ancianidad y sus virtudes, de costumbres intachables, y en las rogativas es quien hace las oraciones por los demás.

Según Gregorio Álvarez, "no solamente debe ser orador, sino poeta que se inspira en los fastos de los antepasados, en el desarrollo, modalidad y propósitos de la raza. Debe conocer como nadie el idioma, ser de rápida elaboración mental, dominar ampliamente la construcción de sus figuras retóricas"...

COSTUMBRES, modos y tradiciones

Cuando hablamos de costumbres, tenemos que tener en cuenta que las costumbres, en todos los pueblos, van mudando con el tiempo, con las influencias de otros pueblos, con la tecnología, etc.

Por eso es que aquí, cuando nos referimos a costumbres, queremos más bien aludir a lo que es TRADICIONAL, en tanto no viven igual los mapuches de hoy que los del siglo XIX, así como los blancos de hoy no viven como los del siglo XIX.

Organización social

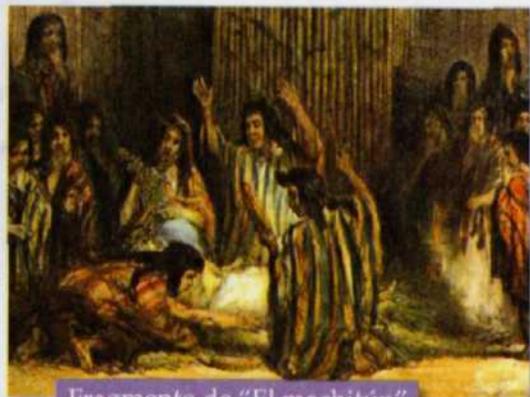
Los caciques o lonkos

La sociedad mapuche se organiza en comunidades (antes se las llamaba tribus) con un jefe o cabeza (en mapuzungún –"lengua de la tierra"– se dice *lonko*, que significa "cabeza") que es quien administra la justicia y es además el responsable de una distribución equitativa de los bienes de la comunidad, en tanto se desconoce en ellas el concepto de propiedad privada. La palabra *cacique*, tan extendida en nuestra lengua para designar a los jefes indígenas, en realidad es de origen caribe. Pero justamente por ser tan extendida la usaremos aquí en lugar de *lonko*. Antiguamente, existía también en mapuzungún la palabra *toqui*⁵, pero se la usaba más bien para designar a los grandes jefes heroicos, como Lautaro o Caupolicán.

⁵ Toqui quiere decir "hacha", que era la insignia del mando de los caciques principales. De allí el nombre se extendió luego como distinción a los propios caciques.

Los machis

Otra figura muy importante en la comunidad es el *machi* o la *machi*, la persona a quien las fuerzas de la naturaleza han dotado de poderes para interpretar los signos cósmicos y domina el conocimiento de las hierbas medicinales (*lahuén*). Tengamos en cuenta que la región que habita ha provisto al mapuche de un herbolario extenso.



Fragmento de "El machitún", de Claudio Gay (1845).

Pero además del medicamento, la "ceremonia curativa" ocupa un lugar esencial. Más allá de las propiedades químicas que pueda tener una hierba, son los rituales sagrados los que la transforman en curativa. Es lo que inspira el célebre *machitún* de los mapuches, la ceremonia que ayuda a "sacar" la enfermedad.

El *huecuvú* o *gualicho*⁶ (palabras que se han identificado con la figura del diablo) es un espíritu maléfico, pero también es el mal mismo o el objeto que se emplea para ese fin. Es lo que se mete en el cuerpo y causa la enfermedad, el elemento con el cual los machis deben luchar para extraerlo. Durante el *machitún*, el machi debe "sacar el mal" practicando una incisión en el enfermo para chupar el daño y escupirlo fuera, a veces sobre hojas que luego son quemadas.

Por otro lado, hay que diferenciar al *machi* del *calcú*, el brujo dañino que usa el poder de *huecuvú*.

Otras ceremonias y rituales

Catán cahuñ

Es esta una ceremonia análoga a la del bautismo, llamada "de abertura de las orejas", para que se puedan llevar aros.⁷ Debe prepararse un caballo ensillado con lo mejor que se tenga, voltearlo, manearlo de modo que quede

⁶ La palabra "gualicho" tiene un oscuro origen en la mitología tehuelche y representa un espíritu diabólico que puede hallarse en las aguas malas, en las frutas y hierbas venenosas y en todo aquello que pudiera acarrear desgracias.

⁷ Actualmente se reserva solo a las niñas, cuando cumplen quince años.

mirando al este, y sobre la barriga se dispone una manta laboreada donde se acuesta al niño. Ahí el padrino o tocayo le practica la incisión.

Así lo cuenta en su diario Francisco Larghía, un maestro que en 1856 fue a canjear cautivos a lo de Calfucurá y asistió invitado a una de estas fiestas:

Estaba un caballo caído maneado de las cuatro patas, suponía que era lo que destinaban al festín, pero después vi que era para la ceremonia de la perforación de las orejas del chico en cuya celebridad nos habíamos reunido...

Las mujeres de una y otra parte principiaron a cantar mientras 6 indios de una parte y 6 de la otra y el Padrino principal reunieron las prendas que cada uno de ellos puso para obsequiar al chico, había entre éstas frenos, estribos, tres espuelas de plata... Todo reunido se llegaron los 13 padrinos, incluso el principal, llevando esta ofrenda y la depositaron junto al caballo caído. El Principal Padrino fue al toldo y salió de allí cargando al chico que tendría como un año de edad y acompañado del padre y deudos de este. El padre puso sobre el caballo caído dos ponchos de paño nuevos y tres o cuatro también de paño, el Padrino sentó al chico sobre este ajuar, los cánticos de las chinas principiaron nuevamente y le dieron una lezna bien gruesa y aguda y sin menor compasión clavó con mano firme y cortó las orejas del chico de las que saltaron raudales de sangre. El padrino principal se hirió en la mano izquierda y sucesivamente lo hicieron los otros, averigüé el objeto y se me dijo que era para ayudarlo a sufrir el dolor, y Calfucurá añadió que era para querer al chico pues vertían sangre por él. En seguida levantó el principal al chico de sobre el caballo caído y dio una vuelta con él en los brazos alrededor del caballo y los demás hicieron lo mismo hablando con bastante entusiasmo, pregunté lo que decían y me impusieron con que aquellas palabras eran dirigidas a Dios para que lo hiciera guapo y peleador y para que alcanzara y boleara avestruces cuando no tuviera qué comer.

El padrino principal es el tocayo, es decir quien le da su mismo nombre a la criatura en cuestión.

El casamiento

El antiguo casamiento mapuche exigía el ritual de pedir a la novia. Se llevaba un lazo trenzado nuevo con el que se tocaba a la muchacha para dejarla pedida, y además se hacía la solicitud a los padres con bellas y elevadas palabras.

Llegado el momento de la ceremonia, los novios se sentaban en una manta laboreada y por detrás de ellos se acomodaban en ronda los mayores. Primero aconsejaban sobre la vida matrimonial los padres de la muchacha y luego los del muchacho, y la pareja solo escuchaba. También se les preparaba un corazón de yeguarizo para que comieran los dos.

Aunque también existía, cuando el consentimiento no era tan explícito de parte de la novia o de sus padres, la formalidad —por más que suene paradójico— de raptar a la muchacha. En cualquiera de los casos, la familia del

novio debía pagar por aquella, con animales, prendas de plata, tejidos, y no tenía derecho a reclamos si el matrimonio no prosperaba y la recién casada se escapaba y volvía con sus padres.

Entre los antiguos tenía lugar la poligamia, es decir, tener más de una mujer. Claro que no todos podían beneficiarse de esta costumbre, puesto que casarse resultaba muy costoso, y solo podían darse el lujo de dos o más mujeres los personajes más encumbrados. (Cuentan que Calfucurá llegó a tener más de treinta esposas.)

Los funerales

El *curucahuín* es la ceremonia fúnebre. Luego del velatorio del cadáver, ataviado con sus mejores ropas, se retobaba el cuerpo en una bolsa de cuero y se lo conducía a su tumba extendido en el lomo de su propio caballo. A veces a este caballo se lo mancaba (se le quebraba una mano) para que acompañara con su dolor el último trayecto del finado, y finalmente se lo ahorcaba sobre la tumba, para que el dueño tuviera en qué andar en el más allá. Al finado se lo enterraba con sus pertenencias más preciadas, y sobre la tumba se colocaba todo lo que pudiera necesitar para su viaje: carne, sal, tabaco, yerba, galleta, y luego los deudos comían y bebían en el lugar.

La platería

Hay quien remonta el origen de la platería mapuche a la expansión incaica hacia el Sur que comienza en la segunda mitad del siglo XV, en tanto los incas ya dominaban la labor metalúrgica y diversas técnicas de orfebrería, sobre todo en cobre y plata. Otras teorías sostienen que recién con la llegada de los españoles los mapuches incorporan este arte, en tanto hasta entonces solo habrían accedido a las técnicas simples de martillado, recortado, pulido y perforado.

De todos los metales, dieron preferencia a la plata, obtenida, antes que de sus magros yacimientos, de los patacones de plata que circulaban en la frontera con el blanco, que preferían fundir para hacer sus joyas antes que utilizarlo como valor de cambio.

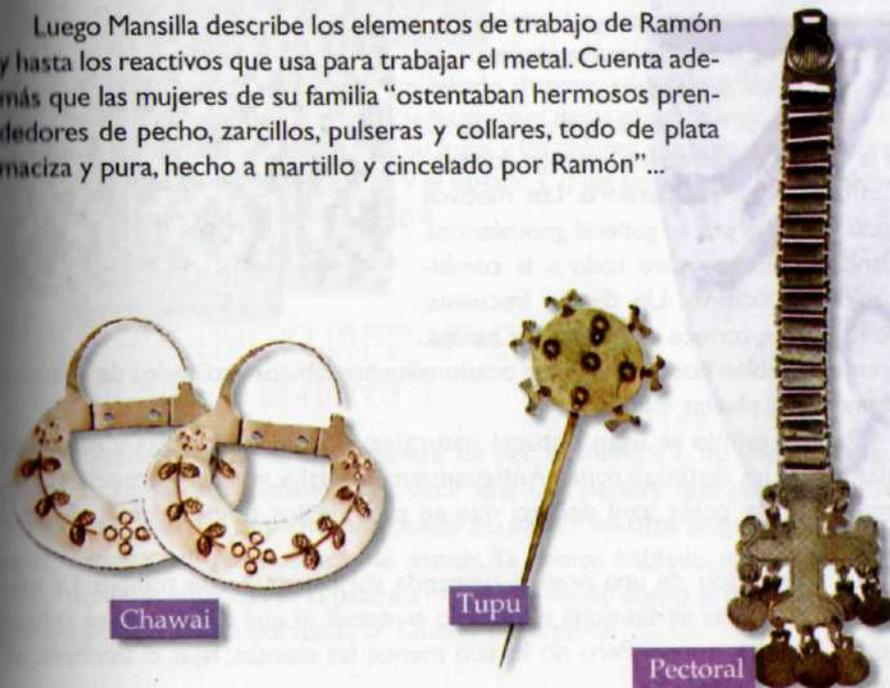
El que detentaba el título de platero o *retrafé* era alguien distinguido en la comunidad y el único que podía confeccionar joyas, y lo hacía siempre para una persona determinada. De modo que las piezas resultantes eran siempre originales y personales. Los diseños no tenían que ver con lo estético —no eran un simple adorno— sino con representaciones simbólicas, como ocurre con los *siquiles* o pectorales.

Estas representaciones preservan a su portador/a de espíritus o personajes malignos. Entre las joyas mapuches más frecuentes se cuentan los *chawai*



Ya he dicho que Ramón es platero y que este arte es común entre los indios. Ellos trabajan espuelas, estribos, cabezadas, pretales, aros, pulseras, prendedores y otros adornos femeninos y masculinos, como sortijas o yesqueros. Funden la plata, la purifican en el crisol, la ligan, la baten a martillo, dándole la forma que quieren y la cincelan. En la chafalonía prefieren el gusto chileno; porque con Chile tienen comercio y es de allí de donde llevan toda clase de prendas, que cambalachean por ganado vacuno, lanar y caballar.

Luego Mansilla describe los elementos de trabajo de Ramón y hasta los reactivos que usa para trabajar el metal. Cuenta además que las mujeres de su familia "ostentaban hermosos prendedores de pecho, zarcillos, pulseras y collares, todo de plata maciza y pura, hecho a martillo y cincelado por Ramón"...



(aros), el *siquil* o *trapelacucha* (pectoral), el *tupu* (prendedor redondo para sujetar las prendas de vestir), el *trarilonko* (collar de cabeza), el *trarinamún* (collar del pie).

Además de joyas, la platería contemplaba las prendas de montar. Leamos el testimonio de Mansilla sobre su visita al cacique ranquel Ramón Cabral, llamado por su oficio Ramón Platero:

Los tejidos



Telar ranquel. Foto de Jimmy Rodríguez.

El telar araucano es una estructura tan sencilla como efectiva. Se trata de un simple bastidor, un rectángulo de cuatro palos donde sujetan los hilos que constituirán la urdimbre, y por entre esta deslizan cañas o varillas que sirven para ir recogiendo y apretando la trama conforme avanza su confección. Para apretar la trama se usa una especie de pala chata de madera.

En general, hacen sus tejidos sin tener a la vista el dibujo de los motivos que tendrán, lo hacen de memoria. Los motivos utilizados son por lo general geométricos, dándose relieve sobre todo a la combinación de colores. Un diseño frecuente es lo que se conoce como la cruz pampa, aunque también pueden aparecer ocasionalmente dibujos estilizados de animales domésticos, plantas o flores.

Para el teñido se usan tinturas naturales, extraídas de hojas y raíces de plantas de las distintas zonas. Antiguamente se daba gran preferencia al añil, una pasta de color azul oscuro que se saca de los tallos y hojas de esta planta.

La confección de una prenda demanda varios meses de trabajo. La más célebre de todas es sin duda el poncho o *macuñ*, al que a menudo se refiere como poncho pampa. Pero no lo son menos las mantas, fajas o *trarihués*, alfombras y chiripás.

Uno de los elementos más célebres de la industria mapuche pasada y presente es la confección de tejidos. Desde antiguo fueron famosos sus ponchos y mantas por ser tremendamente resistentes e impermeables, y servían como elemento de comercio en la frontera pues eran muy codiciados por los blancos.



Poncho pampa.



"Indios trabajando", litografía de Pellegrini (1841). Ella teje una faja y él trenza unas ligaduras para las botas de potro.

cruces y rombos, y lo logran empleando sistemas completamente primitivos pero muy ingeniosos. Sus tinturas las extraen de las plantas, unas veces de sus raíces, otras de su corteza o de su fruto, y los colores que emplean son sobre todo el azul, el amarillo, el rojo y el castaño [...] los tejidos son de mucha duración y casi impermeables al agua...

Henry Armaignac fue un médico francés que recorrió la llanura bonaerense y registró sus impresiones en el libro *Viajes por las pampas argentinas. 1869-1874*. Cuando anduvo por la zona del Azul, tuvo ocasión de observar, entre otras cosas, la labor de las indias pampas:

Ellas confeccionan esa clase de tejidos con una gran habilidad, empleando telares rudimentarios y completamente primitivos. Algunas estacas clavadas en tierra sirven para sostener los hilos del género, que ellas entrecruzan con destreza para ir formando los dibujos [...] una especie de sable de madera les sirve para apretar bien el tejido y juntar los hilos de la trama. A veces tiñen la lana en madejas; pero a menudo las indias van tejiendo todo en blanco; y tiñen luego la pieza entera, reservando los dibujos en blanco que forman

Mapudungún o mapuzugún ("el idioma de la tierra")

Un idioma representa una manera de ver el mundo. Y no todos vemos el mundo de la misma manera. Es decir que una palabra que para nosotros representa una cosa determinada puede no existir en otra lengua, o tener un valor distinto del que nosotros le damos. Ya hemos hablado, en ese sentido, de cómo debe entenderse la palabra *mapu* o el modo como el mapuche comprende al Dios de las personas o "Dueño de la gente".

Una lengua sin escritura

El idioma mapuche pertenece a la categoría de lenguas ágrafas, es decir que no tienen una escritura que las represente. Por eso es que cuando el conquistador tomó contacto con ella empezó a escribirla con su propio alfabeto, tal como le sonaba al oído, puesto que, al ser lengua ágrafa, no existe una manera determinada de escribirla. Y estaba bien lo que él hacía, asimilaba el sonido que oía a un sonido español. Por eso vemos escritas de distinta manera palabras como "lugar": *hué* o *güé*; "río": *leuvú* o *leufú*; "grande": *vutá*, *futá* o *fichá*; "sal": *chadí* o *chazí*. Y tantas otras. De cualquier manera que lo vean escrito está bien, al no haber un sistema, una gramática que fije un modo determinado de escribirlo.

Pero la desgracia es que las disparidades y los defectos en la transcripción han producido innumerables deformaciones, tanto que hoy hay casos donde es difícil saber exactamente qué quería decir originalmente tal o cual palabra. Sucede sobre todo con la toponimia, que es donde más ha perdurado el idioma mapuche.

La escritura y la pronunciación

Para remediar estos problemas, hace tiempo que desde dentro del pueblo mapuche se han hecho tentativas de fijar un abecedario escrito (un grafemario) que dé cuenta de todos los diferentes sonidos de su lengua. Las divergencias se presentan justamente en los sonidos que no existen en castellano ni en otros idiomas de amplia difusión. Por ejemplo:

- Tienen una vocal de más, una especie de mezcla entre **i** y **u** pero que no suena para nada como la **ü** francesa o alemana, aunque algunos grafemarios mapuches la representan con esta grafía. Así, la palabra *calfú* (azul) lleva al final esa vocal, y no la **u**, por eso a veces se la ve escrita *calfi* o *calfö*. O la palabra *ranquel*, que en lugar de **e** lleva esa vocal rara y por eso a veces se transcribe *ranquil* o *rancul*.
- Hay consonantes que suenan muy ambiguas a nuestro oído. Así, los distintos grafemarios no se han puesto de acuerdo con la letra **d/z** (*dungulzungu*, "lengua"; *chadi/chazí*, "sal"). La **d** es la grafía más difundida, pero el sonido se acerca más a una **z**.
- Tienen consonantes que, para escribirlas, nosotros debemos recurrir a dos sonidos nuestros, pero que para ellos es un solo sonido: una de ellas es la que habitualmente se representa como **tr** (cutral) pero que suena más cercano a **chr**. Algunos grafemarios mapuches la representan con la **x**, y la pronunciación más cercana es la que les ha quedado a los paisanos en el campo cuando dicen "atrás", "otro" y a nosotros nos suena como si dijeran "achrás", "ochro".

Diccionarios

Los diccionarios son elementos de consulta obligada para cualquier duda que tengamos (lo decimos en general, y el primer diccionario que recomendamos usar a diario es el de la lengua castellana).

El primer gran esfuerzo en recopilar un diccionario de la lengua mapuche se lo debemos a **Juan Manuel de Rosas**. Dejó un trabajo de cuatrocientos dos folios escritos de su puño y letra que tituló *Gramática y diccionario de la lengua pampa (pampa - ranquel - araucano)*. Tiene además el valor de haber sido recogido por alguien que, sobre todo de joven, estuvo en contacto cotidiano con hablantes de la lengua, en momentos en que esta vivía quizás su mayor expansión. Rosas lo terminó en 1825, o sea que fue realizado en tiempos en que era un estanciero joven y agalludo cuyos campos estaban en la frontera misma, algunos años antes de transformarse en el personaje público que pasó a la historia.

Otro trabajo de alguien que estuvo en contacto frecuente con el mapuche es el *Manual de la lengua pampa* del coronel **Federico Barbará**. Si bien es de menor calibre que el de Rosas, está también realizado por alguien que pasó cuarenta años en la frontera y es más un manual de uso práctico que un diccionario, que incluye vocablos sueltos pero también listas de frases familiares ya armadas.

De los diccionarios modernos que conocemos quizás el de **Esteban Brize** sea el más completo y tiene mucho cuidado en lo que hace a los problemas de pronunciación.

• La otra consonante mapuche para la que recurrimos a dos de las nuestras es la que habitualmente aparece escrita como **ng** o **nh** (*dungu*, *gner*, *conhe-lo*), y que suena como una **g** gangosa que a veces se puede confundir con una **eñe**. Por ejemplo la palabra "ojo" puede verse escrita *gue*, *nge* o *ñe*. La palabra "zorro", por ejemplo, es difícilísima de pronunciar, por eso se la ve escrita de tantas diferentes maneras: *gner*, *ñer*, *nerre*, *ñir*, *güor*.

Los nombres de persona

Como ya hemos dicho, una cosa importantísima es el aspecto cultural que encierra cada palabra. Por ejemplo: la palabra *namún* puede ser "pie", "talón" o "garrón", según se trate de una persona o un animal. Pues bien, el coronel Adalberto Clifton Goldney en su biografía de Namuncurá elige traducir "Garrón de Piedra", dando con eso un matiz malintencionado de animalidad, de salvajismo al personaje. Podrán decir ustedes que la mayoría de los mapuches tenían nombres de animales, pero eso no remite a un estado de primitivismo sino todo lo contrario: tenía que ver con algo profundamente espiritual que era su *kempéñ*, el animal o elemento totémico que representaba a su familia y que representaba determinadas cualidades de esa familia.

El *kempéñ* se agregaba al final a modo de apellido, aunque no necesariamente, de modo que no es rigurosamente lo que nosotros entendemos por apellido. Por ejemplo, no todos los hijos de Calfucurá, si bien eran del linaje de la "pie-

dra" (*curá* significa "piedra"), tenían nombres que terminarían en *curá*. Además, la mayoría de las veces el *kempéñ* no se pronuncia completo: los nombres del linaje del *nahuel* (el tigre) agregan al final "nau" o "nao" –Catrenao, en lugar de Catri-nahuel–; los del *ñancu* (el aguilucho), "ñan" –Mariñán, en lugar de Mariñancu–; los del *manquel* (cóndor), "man"; los del *panguí* (león), "pan"; los de la víbora (*vilú* o *filú*), "vil" o "fil"; los del *leuvú* o *leufú* (río), "leu" o "leo". Y así.

Un pequeño glosario

Animales

Cahuel: caballo
Choiqué: avestruz
Filú: víbora
Huemul/pudú: ciervo
Luán: guanaco
Lloicá: pecho colorado
Manquel: águila
Nahuel: tigre
Ngurrú: zorro
Ñancul: aguilucho
Panguí: león
Pilmaiquén: golondrina
Sañué: cerdo
Trarú: carancho
Trehuá: perro

Plantas

Alihuén: árbol
Huitrú: caldén
Koirón: pasto puna
Pehuén: araucaria
Voigue: canelo
Rayén: flor

Accidentes geográficos

Có: agua
Huapi: lago
Hué: lugar
Lauquén: laguna
Leufú: agua que corre, río
Lil: roca, peñasco
Lól/loo/lobo: médano

Toponimias

Esta palabrita significa "nombres de lugares": viene del griego *tópos* (lugar) y *ónoma* (nombre).

Si bien en nuestra tierra es difícil ya oír la lengua viva, sin duda frecuentemente pronunciamos nombres de localidades o parajes que son mapuches. Para saber lo que estos nombres significan, podemos consultar obras que explican su origen, como por ejemplo:

- *Toponimia araucana*, de Enrique Stieben.
- *Toponimia araucana del territorio de La Pampa*, de Eliseo Tello.
- *La Pampa. Grafías y etimologías toponímicas aborígenes*, de Alberto Vúletin.
- *Neuquén. Nomenclador geográfico territorio, con traducciones toponímicas, ubicaciones y descripciones geográficas de sus accidentes*, también de Vúletin.
- *Neuquén. Su historia, su geografía y su toponimia*, de Gregorio Álvarez.
- *Toponimia indígena del Chubut*, de Rodolfo Casamiquela.
- *Mapuche*, de Esteban Erize. El volumen 4 es de topónimos.

En 1935-36, el Ministerio de Agricultura publicó una *Toponimia patagónica de etimología araucana*, ¡del mayor del ejército Juan Domingo Perón!

Malal: corral
Mamill: monte

Puntos cardinales

Huili: sur
Pikún: norte

Estaciones del año (tripantu)

Pukém: invierno
Hualung: verano

Números

Kiñé: uno
Epú: dos
Klá: tres
Meli: cuatro
Quechú: cinco
Caiú: seis
Reglé: siete
Purrá: ocho

Colores

Painé: celeste
Calfú: azul
Carrí: verde
Choz: amarillo

Algunos parentescos

Chao: padre
Fotum: hijo (si habla el padre)
Puñén: hijo/hija (si habla la madre)
Lamnguén/ñañá: hermana
Kuku: abuela paterna
Mallé: tío paterno
Chezquí: abuelo materno (puede ser también cuñado o suegro)

Personas

Inché: yo

Mahuida: sierra, montaña

Puel: este
Ngulú: oeste

Pewú: primavera
Trafkem/rumú: otoño

Aillá: nueve
Mari: diez⁸
Mari kiñé: once
Mari epú: doce
Epú mari: veinte
Klá mari: treinta
Pataca: cien⁹
Uarranca: mil

Coli: marrón
Curú: negro
Liev: blanco
Quelú: rojo

Ñuqué: madre
Ñahue: hija (si habla el padre)
Peñi: hermano (entre varones)
Laku: abuelo paterno
Chuchu: abuela materna
Chocúm: sobrino

Eimí: tú

⁸ El saludo *mari mari* ("diez diez") refiere al hecho de mostrar al otro ambas palmas vacías (esto es, sin armas).

⁹ De aquí viene la voz "patacón" para denominar la moneda de plata o el viejo billete de cien pesos.

Inché poyen eimí: te amo Huentrú: hombre
Domó: mujer Malén: muchacha

Cosas del cielo y la tierra

Antú: sol Cuyén: luna¹⁰
Huanguelén: estrella Kuruf: viento
Piré: nieve Relmú: arco iris
Cutrá: fuego

Adjetivos

Vutá: grande Pichi: pequeño Cumé, quiméi: bueno, bello

Literatura mapuche

La manifestación más elaborada y rica de toda lengua es su literatura. Pero veamos lo que sucede en una cultura ágrafa como la que nos ocupa, es decir cuando la literatura tiene exclusivamente una transmisión oral.

Antes, para comprender lo que significaba —o significa— la palabra oral para el mapuche, vaya esta anécdota: el 11 de noviembre de 1856 el comandante Escalada responde a una comunicación de los caciques Catriel y Cachul sobre el tratado de paz propuesto por el gobierno:

Por el intérprete Avendaño he sido informado que *no os agrada un tratado escrito*, por cuanto vuestros padres nunca lo hicieron, y *creéis que todo debe hacerse de palabra* como se ha hecho anteriormente...

¡Y hoy nosotros decimos que a las palabras se las lleva el viento! Ha sido nuestra cultura, y no la de ellos, la que le ha ido restando valor a la palabra (la palabra honrada, la palabra que está respaldada por el compromiso).

El pueblo mapuche le daba gran importancia a la oratoria, al saber hablar —ya hemos hablado de la importancia del *nguempín*—, e incluso tenían distintas maneras de hablar según se tratara de la conversación coloquial, de una conversación protocolar o de un discurso en un parlamento. De manera que el cultivo en esta arte era fundamental en su educación. Otra cosa que completaba su formación era el conocimiento de su mitología y de su historia, debían escuchar y aprender los relatos de los antiguos, transmitidos de generación en generación, sobre el origen del mundo, sobre su religión, cuentos, canciones, etc., etc. El cacique o los abuelos, es decir la gente grande y de mayor experiencia y conocimiento, eran los encargados de esta instrucción.

¹⁰ Las semejanzas con las voces quechuas que designan al sol (inti) y a la luna (quilla) hablan de un origen común con los mapuches.

Dice Alcides D'Orbigny en su *Viaje por la América meridional*:

He oído a los jefes, con fuego y sentimiento sucesivamente, arengar a los suyos, horas enteras, sin parar un instante; y a menudo me asombró por la traducción que me hacía el intérprete la elevación, la sublimidad de las ideas y la poesía del estilo, características de esas improvisaciones.

César Fernández, que es un recopilador de literatura mapuche, nos habla del valor y del rigor de esta transmisión literaria:

Se valora el contar bien una historia en cuanto a la estructuración de la anécdota o a los recursos utilizados. Con frecuencia el narrador —como se hacía antiguamente— prepara con antelación el texto que va a decir o romancear. Esto supone ensayos y pedidos de opinión a sus familiares, lo cual suele derivar en la inclusión de alguna secuencia o algún verso olvidado. El texto no solo es conocido por toda la familia, sino que el grupo se siente con derecho a acotar y a dar información ampliatoria, puesto que se trata de un hecho compartido y comunitario...

En cuanto a las distintas manifestaciones literarias tenemos:

- Los *gutrán* o *nütram*, que son relatos tenidos por verdaderos aunque aparezcan seres sobrenaturales, y que se refieren a su mitología o creencias religiosas.
- Los *epeu* son cuentos en el mismo sentido en que lo entendemos nosotros. Muchos de ellos son cuentos de animales.
- La poesía va siempre unida al canto, a *capella* o acompañado por el cultrún.

Esto es lo que se llama romancear. Este canto puede ser *ülcantún*, que es el canto profano, el canto popular sobre distintos temas, o el *tayill* o *tayüll*, que es el canto religioso que no todos tienen el don de poder entonar. Este último canto está reservado exclusivamente a las mujeres, son ellas las que, acompañadas por el cultrún, pueden “sacar *tayill*”.

Ellanelai callfu mapu

(“Bonita es la tierra que se ve tan azul”, del cancionero de Hernán Deibe)

Cierto que no somos felices, hermano,
pero a qué tierra iremos, hermano,
a qué tierra iremos
donde no haya pesares.

Juntos estuvimos bajo un mismo poncho,
hermano.

Caricias al alba borran el lucero.
El gallo ha cantado tres veces, hermano,
vete ya a los toldos. Solita me quedo.

Bonita es la tierra que se ve tan azul
pero es azul y bonita
solo porque está muy lejos.



Si bien, como dijimos, toda esta literatura es oral, ha habido recopiladores –huincas– que la han registrado abundantemente por escrito. Y entre ellos podemos mencionar a Hernán Deibe, Gregorio Álvarez, Bertha Koessler, Berta Vidal de Battini, Rodolfo Casamiquela, César Fernández, una reciente compilación de literatura popular bonaerense coordinada por Adolfo Colombres. Debemos tener presente también que se trata de traducciones. Incluso, aunque el narrador o el cantor mismo se manifiesten en castellano, no debemos olvidar que el idioma original en que fueron concebidas esas obras es el mapuche, y que estamos ante una traducción que necesariamente las empobrece un poco.

La música y el canto mapuche

“El gusto por la música es innato entre todos los seres humanos”, escribe el cautivo francés Augusto Guinnard, “el salvaje, tanto como el hombre civilizado, gusta buscar en sus acentos armoniosos el sentimiento de la poesía y las emociones que aun el alma más perversa siente y sabe apreciar.”

Perdónesenos haber introducido estas líneas con una cita del antipatiquísimo Guinnard. Pero vale como concepto, aunque en su libro se le escapa el profundo valor espiritual que tiene la música para el mapuche, así como para cualquier otro pueblo de la tierra.

En este apartado sobre la música mapuche, vamos a empezar por enumerar sus instrumentos más célebres. Todos ellos tienen carácter sagrado y personal.

- El preferido es el *cultrún*, el tambor mapuche, llamado también *ralí cultrún* (*ralí* es plato, y eso da cuenta de la forma que tiene: un plato o fuente honda de madera recubierta por un cuero tensado). En la descripción de Gregorio Álvarez,



Cultrún (frente).

el parche está adornado con una cruz de brazos iguales (cruz de América) pintada con tintura de añil o roja, cuyos extremos terminan polifurcándose en tres brazos que forman pata de gallo...

El parche representa el cielo; la cruz, los puntos cardinales y las patas de gallo son los trípodes correspondientes a los cuatro pilares que, afirmados en la tierra, sostienen la bóveda del cielo.



Cultrún (dorso).

Debe ser destruido cuando su dueño o dueña fallece.

- La *trutruca* es una caña que tiene de cuatro a ocho metros de largo, revestida con tripa de yeguarizo. En la punta por donde sale el sonido tiene encastrado un cuerno vacuno que lo amplifica.

- La *pifilca* es una flauta pequeña, de caña o junco.



Kull-kull.



Trutruca.

- El *kul kul* es un asta de vacuno, con la punta agujereada para soplar por ahí.

Fue sin duda el sonido de alguno de estos instrumentos el que le inspiró a Clemente One-lli esta bellísima descripción de la música de los araucanos:

Yo la he oído, y bien se acordaba con el silbido casi isócrono del viento furioso que domina en las pampas del sur. Silbaba este como un quejido de la vegetación chata, pasada al ras por el viento, y cuando una ráfaga más fuerte hacía percibir los estridores del médano cercano

y los crujidos del enano tronco del molle de incienso, la trompa de tímida sonoridad parecía acentuar con lamentos más flexibles y resignados la ira del viento y los sufrimientos de las cosas agitadas por él. Pero para mí estas percepciones eran cosa de pocos segundos, mientras que el indio con los ojos semicerrados se extasiaba horas ejecutando un tímido concierto con el vendaval.

Qué sensibilidad distinta de la del cautivo Guinnard, que habla de los instrumentos “burdos y extraños” de los mapuches y de sus sonidos execrables. Menciona Guinnard entre ellos, además del cultrún y la trutruca, una suerte de guitarra –hecha con un omóplato de caballo sobre el que estiraban crines de diferente grosor– y un violín –dos costillas de caballo con crines bien estiradas entre sus extremos y humedecidas con saliva, que hacían una de instrumento y otra de arco y se frotaban entre sí–, un instrumento “hecho más bien para lastimar los nervios y el oído que para encantar”.

Ya hablamos algo de las canciones o romanceadas (o sea poemas que se entonan con una melodía determinada), y dijimos que se distinguían el *ülcantún* —el canto profano, el canto popular sobre distintos temas— y el *tayill* o *tayüll* —el canto religioso, reservado exclusivamente a las mujeres.

Como ejemplo del primero —un canto que brota en ocasión de algo, en una reunión social—, en su *Viaje al país de los araucanos* Estanislao Zeballos anota una melodía de su baquiano Carriqueo (o Pancho Francisco), que le oyera en Atreucó en 1879.

Pancho Francisco entretenía el fogón de los indios. Todos lo escuchaban silenciosos y pensativos; y yo mismo estaba impresionado tristemente por el sentimentalismo y la unción misteriosa del cantar araucano...

Vey ñi amon, ayú huincá

Mamuel mapú, ayuvin mapú,

Pegelmen chi Quethré Huitrú

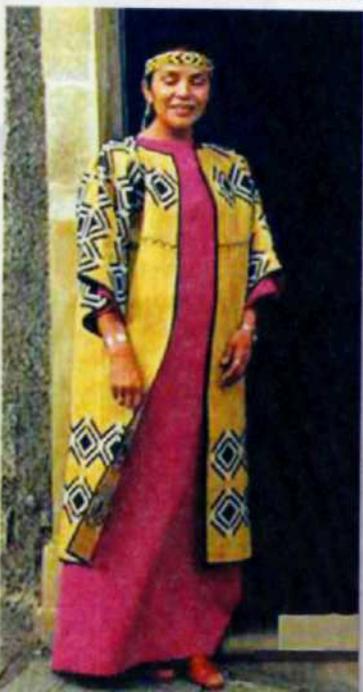
Cheu inché nientun rucá.

(Ya me voy con el cristiano

al país de las arboledas, tierra amada,

volveré a ver arruinada cerca de Quethré Huitrú

¡ay! ¡mi casa!)



Aimé Painé. Foto gentileza Enlace Mapuche Internacional.

En cuanto al *tayill* o canto sagrado, no cualquiera puede entonarlo. Hay que tener mucho conocimiento y experiencia para poderlo “sacar”. O sea: el canto existe, pero no todos lo entonan de la misma manera, en el momento en que se “saca” cada uno sigue la inspiración del sentimiento. Pero no cualquiera tiene el don de hacerlo.

Esta invocación a animales y árboles, así como a otros elementos y fenómenos de la naturaleza, tiene que ver con la religiosidad mapuche, para la cual —como dijimos



Quizá habrán oído hablar ustedes de la cantante Aimé Painé, una hermosísima muchacha, desgraciadamente muerta muy joven, en 1987, que fue una de las grandes difusoras del canto mapuche en la Argentina y en el exterior.

al principio— cada cosa tiene su propio espíritu divino. De ese modo, nunca se cruza un río ni se baja un fruto de un árbol sin antes pedirle permiso al río o al árbol. Este sentimiento sagrado es el que se traslada al *tayill*.

La música, la verdadera música, es siempre expresión de algo verdadero y profundo, una de las maneras más antiguas en que los pueblos se manifiestan y que lleva impresas las marcas de su esencia: su modo de ver la vida, de sentir el dolor y las alegrías, y de comunicar esto a los otros.

Aspectos culturales del pasado

Desde la llegada de los españoles, la cultura mapuche se vería forzada a convertirse en una cultura bélica, hasta su definitivo sometimiento tres siglos y medio después. Esta actitud de resistencia definiría su composición social, su economía y su modo de relacionarse con la cultura invasora.

Aquí vamos a repasar algunos puntos que formaron parte del mundo mapuche durante esa larga época de enfrentamientos.

El caballo del mapuche

Quizá ya saben ustedes que el caballo, al igual que la vaca, no es oriundo de América. Ambos fueron traídos a nuestro suelo por Pedro de Mendoza, cuando en 1536 fundó por primera vez Buenos Aires.

Se cuenta que a los hombres de Pedro de Mendoza se les escaparon cinco yeguas y dos caballos, y que estos fueron el origen de la enorme proliferación, en estado salvaje o cimarrón, que tuvieron en la llanura bonaerense, gracias a las excelentes pasturas naturales y a las aguadas. Así sucedió también con el ganado vacuno (aunque no se sabe cuántas vacas se le escaparon a don Pedro).

En los primeros encontronazos con los conquistadores, los mapuches sentían un pánico terrible ante esta bestia desconocida en que los españoles venían montados. Pero poco a poco le fueron perdiendo el miedo y se terminaron convirtiendo en los jinetes más extraordinarios de la llanura.

El mapuche se criaba arriba del caballo, de allí que todos tuvieran las piernas arqueadas.

Durante las guerras de frontera, los blancos llamaban “orejano” al caballo del indio, porque tenía la oreja entera; en tanto el caballo “patrio”, el caballo del ejército, tenía una señal: las orejas cortadas.



Ngürrü tayill (tayill del zorro)

Ma maieü, ma maieü!

Alrededor de un pasto puna

Gambetean los hombres sagrados

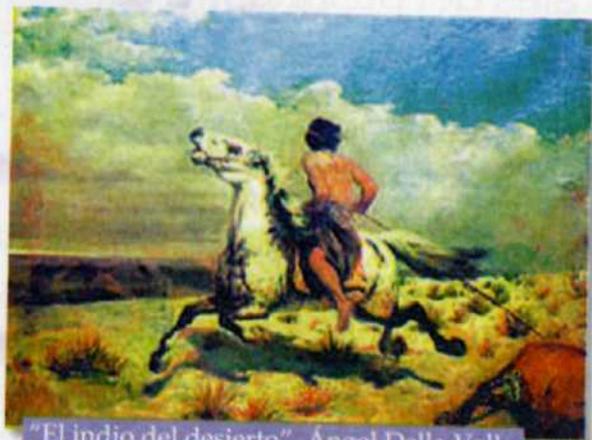
Hue hue ieü, hue hue ieü!



El "orejano" era un animal increíblemente ágil, veloz y resistente al cansancio. Recibía para esto una cuidadosa educación, un cuidadoso adiestramiento que lo diferenciaba del "patrio". Para empezar, el mapuche no domaba su caballo como lo hacían los blancos —y como se sigue haciendo ahora, "a lonjazos"—, sino que lo amansaba.

En *Una excursión a los indios ranqueles*, el cacique ranquel Ramón Cabral le cuenta al coronel Mansilla el método utilizado:

Nosotros no maltratamos al animal; lo atamos a un palo, tratamos de que pierda el miedo; no le damos de comer si no deja que se le acerquen; lo palmamos de a pie; lo ensillamos y no lo montamos, hasta que se acostumbra al recado, hasta que no siente ya cosquillas; después lo enfrenamos, por eso nuestros caballos son tan briosos y tan mansos. Los cristianos les enseñan más cosas, a trotar más lindo, nosotros lo amansamos mejor.



"El indio del desierto", Angel Della Valle.

Después, el caballo era sacado por las mañanas a galopar, cada día paseos más largos, para ir ganando en resistencia. Tenía que acostumbrarse a recorrer leguas y leguas. Había días en que lo dejaban atado al palo sin comer ni beber, para que se habituara a las largas privaciones. Tenía que aprender a trotar de flanco, saber hacerse a un

lado repentinamente si lo embestían, tenía que aprender a rayar a toda carrera (rayar es frenarse de golpe) y enseguida torcer el rumbo o pegar la vuelta. Era entrenado para galopar con las patas boleadas, para pasar por los guadales (tierra floja), pantanos y terrenos poceados, como si fuera el camino más firme.

El caballo fue el arma fundamental del mapuche, por eso lo cuidaba tanto, lo alimentaba bien, lo ensillaba liviano. Durante los combates, si el jinete se largaba para luchar cuerpo a cuerpo, el animalito seguía un trecho más y luego se volvía a buscar a su dueño. No dejaba de pasar, yendo y viniendo por donde aquel estaba, hasta que llegara el momento en que lo montara de nuevo para escapar.

Cuando los mapuches les robaban caballos a los blancos —siempre que había un combate, apoderarse de las tropillas era el principal objetivo—, empezaban a reeducarlos soltándolos en los montes para que se aquerenciaban y le tomaran el gusto al pasto. Después, los sometían al mismo entrenamiento que a los caballos orejanos.

El mapuche podía pararse sobre su caballo para espiar el horizonte, podía esconderse en sus flancos tomándose de las crines y afirmándose en las ancas con los pies, para acercarse haciendo creer que el animal venía solo. También podía dormir estirado sobre él horas enteras, apoyando la cabeza en el pescozo y estirando las piernas sobre las ancas. El caballo no se movía.

El caballo era el arma del mapuche, muchas veces su única riqueza y su mayor lujo. Y era su mejor amigo y su compañero inseparable. Cuando el dueño moría, el caballo a menudo era muerto sobre la tumba para que el finado tuviera también en qué andar allá lejos, en el "País de los Difuntos".

Hay un poema de Juan María Gutiérrez que refleja cómo era apreciado el caballo entre indios y gauchos:

Mi caballo era mi vida,
mi bien, mi único tesoro.
Indio, vuélveme mi moro,
yo te daré mi querida...

Una rogativa y consejos del cahuel (caballo)



Hay caballo en este mundo. Solo no vive ese caballo. Ha dejado nuestra madre, nuestro padre, nuestra niña, nuestro niño, para que haya en qué andar los nuestros hijos. Tenemos quien ha fabricado ese caballo. Hoy tenemos nuestros hijos que estamos criando en la nuestra casa, tenemos derecho de darle un buen consejo, para que sepa de dónde han venido los buenos consejos, que hoy en día no somos parejos. Que los hijos de padre y madre, si no tienen consejos, siempre andan mal en todos los lugares. Si aconsejamos bien a todos los hijos, es un bien para ellos. Para que ellos mañana o pasado puedan andar bien pisando en todos los lugares, sin tropiezo. Que nuestros hijos, andando en los boliches, en la tierra castellana, anden sin problemas, tengan sus buenos caminos, porque le han dado su buena felicidad. Si le toca cruzar un río hondo, hay que hacer un corto ruego para poder vadear bien y andar bien por todos lados. Los hijos que tenemos escuchando de este consejo padre y madre, así vienen sabiendo el camino bueno. Si no le damos consejo, aquellos chicos nunca saben nada. Los chicos de casa, por más chicos, escuchan las conversaciones y así vienen sabiendo todo.

El malón

La palabra “malón” viene del mapuche *malocan*. Los mapuches llamaban así a las incursiones violentas que los blancos hacían en territorio indígena, desde la llegada de los españoles a América hasta la Conquista del Desierto.

Como ya hemos dicho, la enorme proliferación de vacas y caballos en estado cimarrón (salvaje) que vagaban por la llanura era algo de lo que tanto mapuches como blancos se servían a través de la cacería: las llamadas “vaquerías”.

En el caso de los blancos, en la época virreinal era el Cabildo de Buenos Aires el que otorgaba el derecho a vaquear, y a estas personas autorizadas se las llamó accioneros.

Después, cuando los blancos comenzaron a ocupar las tierras y a quedarse en ellas, se los empezó a llamar *estancieros*: el que está en la tierra.

Fue entonces, con la instalación de los blancos en tierras que no eran suyas, que la cacería de ganado por parte de los mapuches comenzó a llamarse robo, saqueo, malón. En los límites de las estancias se comenzaron a instalar los primeros fortines, puestos defensivos detrás de los cuales se fueron formando pequeños pueblitos.

Poco a poco, el malón fue convirtiéndose en un instrumento de guerra, en el que el ganado vacuno y caballar era el botín junto con los cautivos.

Para los mapuches, estas incursiones significaban mantener a raya la frontera, es decir las estancias, fortines y poblados, impedir que el blanco avanzara tierra adentro. A veces, el propósito era también el rescate de prisioneros, y otras, la represalia por alguna agresión.



“La vuelta del malón”, Ángel Della Valle (1892).

Las armas que usaban eran sobre todo la lanza y la boleadora (no el arco y la flecha). La lanza era una caña resistente y flexible (caña tacuara o colihue, según las zonas) de cuatro a seis metros de largo, con una moharra confeccionada a veces con cuchillos y tijeras de tusar caballos. La boleadora, por su parte, constaba de dos o tres bolas de piedra forradas en cuero y unidas entre sí por cabos de tiento trenzado.

Es muy importante saber que en ningún caso los malones indígenas fueron un ataque caprichoso. Los malones sangrientos y destructivos siempre obedecieron a alguna represalia, por incumplimientos de pactos, avances de la frontera o ataques previos.

Las salidas a malón generalmente duraban mucho tiempo, meses enteros; primero por las distancias a recorrer, y segundo, porque era toda una zona la que se invadía. El arreo del ganado recolectado en las estancias (unas doscientas mil vacas al año) era lento: hay que imaginarse miles y miles de vacas y caballos, más los cautivos, más las mercaderías saqueadas en los almacenes de los pueblos, los carros con mobiliario y demás.

Hasta las mujeres y los niños colaboraban en la empresa, arreando la hacienda, cargando cosas, vigilando a los prisioneros.

Las invasiones a un pueblo traían terror, muerte, destrucción y cautiverio. Y lo mismo traían los malones blancos sobre las tolderías.

Los cautivos

La palabra *cautivo*, y sobre todo *cautiva*, tiene una resonancia muy específica en la historia argentina: se refiere casi exclusivamente al blanco tomado prisionero por los indios.

La toma de cautivos tenía como objeto, en la mayoría de los casos, servirse de ellos como elemento de canje por los prisioneros mapuches que los blancos hacían. Aunque tampoco faltan testimonios de la afición del mapuche a la mujer blanca, situación que produjo un mestizaje forzoso.

Abundan los relatos –testimonios reales o literarios– que retratan esta situación. Y son muchos los casos en que las cautivas se resisten a volver con los blancos por no abandonar a sus hijos mapuches. Don Luis de la Cruz, por ejemplo, alcalde de Concepción de Chile que cruzó las pampas hasta Santa Fe en 1806, cuenta de su encuentro en Puelén (La Pampa) con Llamigual (quiere decir, en mapuzungún, “se perdió la huala”, que es un ave), una cautiva de Pergamino cuyo nombre cristiano era Petronila Pérez. Cuando llega la comitiva chilena, su marido mapuche la manda para que converse un poco en su len-



“La cautiva”, Correa Morales.

Canción de la Huala Perdida

para Petronila Pérez, en Puelén
(por Edgar Morisoli)

Ay, Petronila Pérez,
Huala perdida,
de amor a tus amores
fuiste cautiva.

Tus palabras de entonces
oigo en la brisa,
tu corazón de entonces:
cielo y jarilla.

Ay, Petronila, el agua
riyendo brilla...
¡Tus pasitos de huala
cortejaría!

Tus pasitos de huala,
tоторa fina,
tu memoria, tu olvido...
Huala perdida.



gua con otros cristianos. Allí le cuenta a De la Cruz que nunca quiso volver con los blancos porque quería mucho a sus hijos, y el marido, aunque le permitía a ella irse, no dejaba que se los llevara con ella.

Un testimonio semejante recoge Mansilla en su visita a los ranqueles de boca de doña Fermina Zárate.

Entre la documentación relativa a la guerra de fronteras también es frecuente encontrar correspondencia que delata las habituales negociaciones por el rescate de cautivos y las dificultades que esto entrañaba. El coronel Rivas, comandante de Azul en 1858, escribe al Ministro de Guerra y Marina que habiéndose presentado el capitanejo Cazoan —de la tribu de Catriel— para canjear a las cautivas Donata

Baldovino (de Azul) con un hijo y Aureleana Beltrán, cautivada en Bahía Blanca hacía cuatro años, fue rescatada la primera en la cantidad de 2000 pesos m/c “no habiéndolo sido la segunda por no haber querido salir de los indios, y ha sido absolutamente imposible reducirla a que venga al lado de su familia”.

En cuanto a los varones cautivos, llevados a los toldos generalmente de niños, tenemos la suerte de contar con varios testimonios autobiográficos que narran su vida entre los mapuches. Es el caso de las *Memorias del ex cautivo Santiago Avendaño* (cautivo de los ranqueles desde los siete a los catorce años, cuando pudo escapar); el de Augusto Guinnard, un joven aventurero francés que también pudo huir y narrar su experiencia en el libro *Tres años de cautiverio entre los patagones* (así los llama equívocamente), y las breves memorias de Lorenzo Deus, cautivado en una estancia de Rosario a los ocho años y rescatado a los quince en la Conquista del Desierto.

Entre las numerosas historias que hay también “del otro lado”, tenemos las célebres y dificultosas negociaciones que el cacique Cristo (Cristóbal Carrellán) tuvo que sortear para recuperar a su familia cautiva de los blancos durante casi tres años, en una época de gran tensión en la frontera.

Carta del cacique Cristo al coronel Baigorria, hombre de Urquiza:

... se nos ha hecho feo estar prestando servicios a los unitarios*, ese ha sido el motivo que nos hemos venido al lado del Señor General Don Juan Calfucurá; sin perjudicar a ningún cristiano pues hemos venido en nuestros caballos, y no hemos traído ninguna cautiva ni hemos traído hacienda ninguna, han agarrado nuestras familias sin tener culpa ninguna y las han llevado a Palermo adonde están sirviendo de esclavas, sabiendo esto nosotros nos hemos enojado y fuimos a traer muchas cautivas y hacienda pues ellos han sido culpantes...

* Se refiere al gobierno de Buenos Aires, en momentos en que esta provincia está separada, como un país aparte, del resto de la Confederación Argentina cuyo presidente era Urquiza.

Lenguaraces y escribientes

Mientras la lengua del mapuche estuvo plenamente viva en nuestra tierra y en contacto fluido con el castellano, los lenguaraces o intérpretes y los escribientes fueron personajes preciadísimos para todas las cuestiones relacionadas con la cancillería: correspondencia, parlamentos, negociaciones de paz.

Obviamente, en el caso de los lenguaraces, lo era tanto el blanco que conocía el mapuche como el indio que conocía el castellano.

Era este un oficio muy solicitado, vital, exigía fluidez en la traducción simultánea y una gran precisión, de manera que el conocimiento de ambas lenguas debía ser muy profundo. En el caso de los lenguaraces más famosos, aprendieron la lengua mapuche —por ejemplo— desde muy pequeños, generalmente por haber sido cautivos o hijos de cautiva.

En el caso inverso —indios que aprenden el castellano—, generalmente se trataba de mapuches de las llamadas tribus amigas que habían estado enrolados en las milicias, o bien de algún hijo de cacique que cuando mediaba algún tratado de paz iba a educarse a los colegios de la ciudad.

Pero hay otra cuestión fundamental a tener en cuenta en lo que significaba para el mapuche, más allá de lo práctico, la intervención del lenguaraz. Era una cuestión protocolar que hacía a su propia importancia, sobre todo si se trataba de un jefe de gran jerarquía.

Dice Alfred Ébelot, testigo de un parlamento con Juan José Catriel:

El intérprete permanecía de pie enfrente de ellos, porque los indios de Catriel, a pesar de hablar correctamente el español y servirse de él para la vida ordinaria, no lo emplean nunca en las relaciones oficiales: tratan de afianzar su nacionalidad con el uso de su lengua.

En la *Excursión a los indios ranqueles* aparecen varios lenguaraces. Especialmente, Mansilla habla de Mora:

El araucano lo conoce bien, y es uno de los lenguaraces más inteligentes que he visto. Ser lenguaraz es un arte difícil, porque los indios carecen de los equivalentes de ciertas expresiones nuestras. El lenguaraz no puede traducir literalmente, tiene que hacerlo libremente, y para hacerlo como es debido ha de ser muy penetrante. Por ejemplo, esta frase: Si usted tiene conciencia debe tener honor, no puede ser vertida literalmente, porque las ideas morales que implican "conciencia" y "honor" no las tienen los indios. Un buen lenguaraz, según me ha contado Mora, diría: Si usted tiene corazón ha de tener palabra, o si usted es bueno no me ha de engañar.

Carta de Elías Valdés Sánchez,
escribiente de Calfucurá,
al presidente Urquiza

Salinas Abril 17 1858

mi rrespetable señor en cada momento tengo el gusto y el onor de rrecordar su noble y grande nombre y tal rrecuerdo naturalmente me inspيران los deseos de saludarlo con todo el afecto de mi alma

en meses pasados por conducto del señor D. Apolinario le mande suplicar a V,E, me mirase en caridad y por umidad me pidiese al Jeneral Calfucura para que me diese libertad y pudiese salir de este amargo cauteberio en que me hallo y algo mas de cauteberio por que V,E, no dejará de saber la bida martir que puede pasar entre estos inrracionables un cristiano y mucho mas sufre un hombre sensato,

Esmo Señor presidente le suplico me perdone lo importuno que le sea á V,E, con la presente carta,

Dios conserbe la importante bida de V,E, para siempre

Elias Valdes Sanchez

Más adelante, y a propósito de la capacidad que debe tener el lenguaraz, se presenta una situación en los toldos de Baigorrita, cuando el cacique hace llamar a un hombre de su confianza para que le haga de intérprete; cuando este intenta traducir, muy dificultosamente, las primeras frases de Mansilla, los otros presentes lo increpan con que "el coronel no ha dicho eso". Luego de algunos intentos más, frustrado y enfurecido consigo mismo, el lenguaraz se levanta y dice: "Me voy, ya no sirvo". A tal punto era una tarea considerada de suma competencia y responsabilidad, y que no daba lugar a la chapucería.

En el caso de los escribientes, hay que advertir que no todos eran lenguaraces. Había sí personas que reunían las dos capacidades —conocer ambas lenguas y además saber leer y escribir—, pero en los casos en que no sucedía así, cuando el cacique dictaba una carta necesitaba del lenguaraz para traducir su dictado y del escribiente para volcarlo en el papel: "Bien sabe usted", declara el cacique Calfucurá en una carta al coronel Rivas, "que el escribano y el lenguaraz son unos hombres que trabajan junto conmigo"...

La rucá mapuche

Aquí vamos a referirnos a lo que era la vivienda tradicional mapuche antes de su sometimiento.

Cuando tratamos de imaginarnos la vivienda de los indios, siempre se nos representan esas tiendas cónicas en las que habitaban los sioux en Norteamérica. Es culpa de las películas.

Pero el toldo del mapuche tenía sus particularidades. La costumbre de una vivienda desarmable y transportable la habían tomado de los antiguos pampas (tehuelches), que por haber sido un pueblo cazador era naturalmente nómade.

En el caso de los mapuches, es cierto que a veces se desplazaban en busca de mejores pastizales o aguadas, pero en general no se puede decir que fueran nómades en el mismo sentido que los pampas.

En cuanto a la descripción general de lo que era un toldo, en su *Excursión a los indios ranqueles* nos dice el coronel Mansilla:

Un toldo es un galpón de madera y cuero. Las cumbres, horcones y costaneras son de madera; el techo y las paredes de cuero de potro cosido con vena de avestruz. El mojinete tiene una gran abertura, por allí sale el humo y entra la ventilación...

Todo el toldo está dividido en dos secciones de nichos a derecha e izquierda, como los camarotes de un buque. En cada nicho hay un catre de madera, con colchones y almohadas de pieles de carnero; y unos sacos de cuero de potro colgados en los pilares de la cama. En ellos guardan los indios sus cosas. En cada nicho pernocta una persona.

Esto también tiene poco que ver con la imagen de rústica carpa o tienda de camping con que nuestra cabeza está acostumbrada a pensarlos. Agrega Mansilla que el toldo se prolonga en una enramada, un alero grande hecho de madera y chala de maíz.

Los toldos se hallaban siempre cerca de una aguada y al reparo de sierras, montes o médanos, formando pequeñas agrupaciones, pequeños pueblitos, que también incluían algunos ranchos de refugiados o cautivos cristianos. Su número variaba, obviamente, conforme pertenecieran a un jefe más o menos principal.



Ilustración de Andrea Trotta.

Para el mapuche, aún hoy, levantar una vivienda es un acto comunitario, una minga, una fiesta en la que toda la comunidad participa y colabora: el llamado *rucán cagüñ* (fiesta de la casa). Un muchacho que fue cautivo de Namuncurá, llamado Lorenzo Deus, dice en sus memorias:

Entre varias familias se reunían para construir un toldo grande como un galpón, de unos veinte metros de largo; por lo general techos y paredes eran hechos de cuero de potro y vaca, cosidos unos con otros.

El Padre Salvaire, sacerdote que visitaría a Namuncurá en Salinas Grandes en 1875, cuenta del toldo del cacique:

"En la puerta me esperaban dos hijos del cacique, me saludaron con un cordial *marí marí* y me dieron su mano. Casi no pude creer a mis ojos: entraba en un toldo de indio y sin embargo parecía un palacio de leyenda, tan adornado estaba con innumerables prendas de plata. Era un toldo, sí, cubierto de cuerdos cosidos, colocados sobre horcones y postes laderos bastante elevados, de manera que las paredes se levantaban a mucho mayor altura que en los demás toldos que hasta entonces había visto. Adentro no producía sensación de que faltara el aire; el centro parecía una sala de reunión muy amplia. En sus costados a izquierda y derecha, había tabiques para las camas de los hijos y las hijas, por separado, y para sus esposas...

Una serie de asientos redondos rodeaban una mesita pulida y lustrada. De una apertura de la techumbre caía una luz tenue que hacía brillar las piezas de plata colgadas en las columnas, lanzas y paredes".*

* Al padre Salvaire se le debe la construcción de la basílica de Luján, erigida en cumplimiento de una promesa hecha a la Virgen si volvía con felicidad de su gestión ante los indios.

El viajero inglés George Musters pinta en los mismos términos el toldo del cacique Saihueque, último caudillo del Neuquén:

Yendo a examinar los toldos... vi que todas eran viviendas estables, es decir, no armadas de modo que se las pudieran transportar en marchas, como la de los Patagones. Es cierto que estaban construidas de la misma manera, pero los palos eran mucho más sólidos, y el conjunto de la construcción se parecía más a una casa.

El toldo de Cheoeque [Saihueque] tenía precisamente dieciséis pies de altura [4 o 5 metros] y podía alojar a cuarenta hombres, mientras que en su parte delantera ardían tres fogatas de enormes leños. Era completamente cerrado, salvo en el ángulo, donde una cortina de piel servía de puerta; y a lo largo del frente se extendía una especie de corredor, hecho de ramas entretrejidas, que formaban una agradable enramada a cuya sombra nos sentábamos a fumar. En el interior, las camas se alzaban sobre maderos, y el lugar en conjunto tenía tal aspecto de civilización que, con un pequeño esfuerzo de imaginación, podría uno haberse imaginado estar en una estancia fronteriza de las colonias.

La chueca o palín

Era quizás el deporte más difundido entre los mapuches, y es algo parecido a lo que es el hockey actual. El nombre "chueca" es español, y alude a los palos con la punta chueca que se usaban para el juego. Los mapuches lo llaman *uiñú* o *palín*. Varios cronistas han dejado noticias de él, y el cautivo francés Augusto Guinnard fue uno de ellos:

En el juego de la chueca, cada hombre, enteramente desnudo, pintado el cuerpo de diversos colores, altos los cabellos y fijos con una banda de tela, se arma de una pesada caña llamada *uiñu*, curvada en uno de los extremos, y busca por adversario a uno de sus congéneres dispuesto a exponer un empeño equivalente al suyo; una parte deposita su apuesta a un costado y la otra en el opuesto. La longitud del campo, calculada según el número de los jugadores, está limitada por lanzas plantadas de a dos. [Al campo de juego lo llamaban *palihué* y podía tener, según la cantidad de participantes, hasta 200 metros de largo por 100 de ancho.] Los jugadores ocupan sus lugares por parejas uno frente a otro. Una pequeña pelota de cuero es colocada entre los dos que forman el centro de la línea. Entonces los dos campeones cruzan sus cañas, la parte curva apoyada en el suelo, de manera que al tirar fuertemente hacia sí hacen rebotar la pelota tomada entre las partes curvas. Una vez lanzada al aire, se trata de atraparla al vuelo, sea para darle un nuevo impulso con la caña de la que se sirven como raqueta, sea para volverla de modo de hacerla tomar un camino opuesto al que trata de darle la parte contraria. Si el que, en el interés de su bando, debe hacerla ir hacia la derecha, hace que la pelota vaya a la izquierda, se ve inmediatamente forzado a tirarse de los cabellos con el primero que llega de aquellos a quienes ha hecho mal.

Esto es lo que se conoce como loncoteada ("loncoteada" viene de *loncó*, "cabeza", y consistía en colgarse de los pelos dos adversarios hasta hacer caer al otro al suelo). Respecto de este recurso, que hoy merecería una tarjeta roja y la suspensión por todo el campeonato, pero que era permitido en la chueca cuando la cosa se iba de las manos, Lorenzo Deus, el muchachito santafesino que fue cautivo poco antes de la Conquista del Desierto, cuenta lo siguiente:

Así la define en nuestros días Antonio Salazar, un paisano de Carri Lil (Neuquén): "Jugaban los antiguos antes. Es una bocha que se mueve con una caña doblada. Saltaba lejos y allá estaban los contrarios que atajaban. Tiraban la bocha, y si pasaba pa'el otro lado, era como un gol. Se golpeaba la bocha con la caña, por abajo."

A mi siempre me hacían poner en una de las puntas de la pista para defender la salida de la pelota, pues es costumbre de que el que haya perdido debe agarrarlo de las mechas a su contrario y luchar hasta que alguno de los dos

quede vencido. Yo era campeón invencible en aquellas comarcas, y muchas veces hacían venir a indios muchachos de hasta de distancias de 150 leguas a luchar de esa manera conmigo, y a todos los venía, aunque muchos de ellos me pasaban en edad hasta 5 y 6 años.



Partido de chueca.

Agrega Lorenzo Deus como dato curioso que los mapuches también jugaban al fútbol, pero que era un juego solo de mujeres.

La chueca era un juego que se hacía no solo por mero deporte, sino que muchas veces mediaba el interés de las apuestas que se hacían: estribos, cabezadas, ponchos, caballos, dinero. Y hay quien dice que también utilizaban el juego para dirimir otras cuestiones más serias: vale decir, en lugar de pelear, resolvámoslo jugando a la chueca, y el que gana, gana.

Bueno, y para que aprendan los deportistas de hoy día que se revuelcan de nada, agrega Guinnard —sobre las consecuencias de jugar un partidito de chueca— que “rara vez terminan estas diversiones sin piernas o brazos rotos, o aun cabezas gravemente heridas. Además, no tengo en cuenta los golpes que los jueces de campo, armados de grandes correas de cuero, descargan desde sus caballos sobre los combatientes fatigados, para devolverles fuerza y vigor”.

Himno de los chuequeros

Chuequeros, buenos chuequeros,
los chuequeros de mi tierra,
tienen el brazo muy recio
y ágiles las piernas.
Salta ligera
cuando golpean la bola
salta ligera,
salta ligera.



Equipo infantil de chueca.

HISTORIA

En este apartado nos detendremos bastante, en tanto los mapuches fueron protagonistas de más de tres siglos de encarnadas luchas en defensa de su tierra. Y durante el siglo XIX, a la par de otros acontecimientos históricos que mojonarían el avance hacia la unidad nacional en Argentina, se llevaría a cabo lo que se conoce como la Guerra de Fronteras, donde mapuches y blancos se disputarían el dominio de casi la mitad de lo que hoy es el territorio argentino.

La inexistencia de documentos que permitan el conocimiento de lo que hubo antes de la llegada de los españoles nos impide conocer a ciencia cierta la historia anterior de este pueblo. Algunos historiadores hablan de batallas contra los tehuelches que incluso se habrían prolongado hasta entrado el siglo XIX. Lo que sí sabemos es que habían frenado por el norte el avance incaico antes de la invasión española.

Valdivia y el comienzo de una guerra de tres siglos

El conquistador Pedro de Valdivia recorrió por primera vez el territorio chileno bajando desde el Perú. La palabra *chile* viene del quechua, y quiere decir “lo más hondo de la tierra”. Le gustó a Valdivia la tierra recorrida, a pesar de su aparente pobreza de recursos, y es así que en 1541 fundó Santiago de la Nueva Extremadura (en honor a la región de España de donde él provenía).

Los nativos del norte no le habían ofrecido resistencia y por eso Valdivia cobró bríos. Pero al querer extender sus dominios hacia el sur, al cruzar el río Bio-Bío se topó con un pueblo cultivador de maíz, papas y porotos que no estaba dispuesto a ceder al conquistador. A lo largo de más de una década, Valdivia intentó someterlos por completo, llevando a ese país del sur horribles matanzas; pero consiguió que solo algunas tribus se plegaran a su obediencia y



aceptaran vivir reducidos —esto es, en reducciones o poblados donde vivían sometidos a los blancos—, como fue el caso del fuerte Tucapel. Y fue cuando los mapuches de Tucapel se sublevaron contra él, en 1554, que Valdivia insistió en llevar al país de allende el Bío-Bío una feroz expedición de castigo.

Entre los mapuches esclavos que Valdivia tenía como sirvientes había un muchacho araucano bautizado Alonso, que era el caballero del gobernador. El caso es que al acercarse al fuerte Tucapel le informan al gobernador que este fiel indio Alonso había desaparecido.

El pueblo mapuche, sabiendo de la amenaza que se les venía encima, estaba reunido en asamblea pero muy desmoralizado. Temían mucho las armas de fuego de los españoles y sobre todo esas bestias desconocidas en las que venían montados. ¿Hasta cuándo iban a poder ellos resistirse? Entonces se hizo oír la voz de un joven recién llegado: “Hermanos”, dijo, “pelearemos ahora o nos convertiremos en esclavos para siempre”. El joven guerrero abandonó entonces el impuesto nombre de Alonso, domador de caballos del conquistador Valdivia, y retomó su casi olvidado nombre de Lautaro, con el que se lanzó a la batalla.

El *toqui* Lautaro hizo cerrar todos los pasajes, de modo que los españoles quedaron encerrados en la región. Pedro de Valdivia fue apresado y conducido a la asamblea, donde lo condenaron a muerte. Prometió entonces a los mapuches retirarse para siempre del Arauco si le perdonaban la vida. Por toda respuesta, un viejo mapuche le partió la cabeza con una piedra. Lautaro inició así la rebelión a muerte contra el *huinca* (nombre dado al blanco y que quiere decir más o menos “ladrón”).

En su obra *Canto general*, el poeta chileno Pablo Neruda dedica una pequeña serie de poemas al *toqui* Lautaro. Dice el primero:

La sangre toca un corredor de cuarzo.
La piedra crece donde cae la gota.
Así nace Lautaro de la tierra.

Todos los hijos de América

Cuando a partir del 25 de mayo de 1810 los criollos comenzaron las llamadas guerras de la Independencia, trataron de sumar a su causa también a los indios. Todos los hijos del suelo americano, decía, debían unirse para expulsar para siempre de estas tierras a los españoles.

La Asamblea del año 13 declaró a los indios de todas las provincias “hombres perfectamente libres en igualdad de derechos a todos los ciudadanos de los pueblos”.

En 1810 circularon manifiestos escritos en quechua y aimara por los pueblos del Norte; Belgrano habló en guaraní a los indios cuando hizo su campaña al Paraguay. Y a San Martín le tocó hablar en mapuzungún cuando preparó su cruce de los Andes.

América insurrecta

(del “Canto general”, de Pablo Neruda)

Nuestra tierra, ancha tierra, soledades,
se pobló de rumores, brazos, bocas.
Una callada sílaba iba ardiendo,
congregando la rosa clandestina,
hasta que las praderas trepidaron
cubiertas de metales y galopes.
Fue dura la verdad como un arado.

Los mapuches y San Martín

Durante los preparativos en Mendoza, San Martín convocó a todos los caciques pehuenches en el fuerte de San Carlos, sobre el río Diamante, para pedirles su colaboración en la aventura libertadora que estaba emprendiendo.

—Yo también soy indio como ustedes —les dijo—. Debo cruzar los Andes por el sud, pero necesito el permiso de ustedes, que son los dueños del país.

San Martín quería que los mapuches de este lado influyeran sobre sus hermanos del otro lado y vigilaran los pasos cordilleranos del sur, y a la vez que los españoles de Chile creyeran que él pensaba invadir por el sur.

Todos los caciques prometieron su ayuda a la causa del Libertador, llevándole informes a su campamento de “El Plumerillo”.

Cumplido el cruce de la cordillera, el ejército se concentró en Chacabuco, donde se libró la famosa batalla que significó el primer triunfo sobre los españoles y el comienzo de la llamada Guerra a Muerte contra España.

Uno de los caciques huiliches que auxilió a San Martín y su tropa durante la campaña se llamaba Huentecurá, y uno de sus hijos inauguraría después en la llanura pampeana el poderoso linaje de los “Piedra” (*curá*, en mapuzungún): Calfucurá.

San Martín tenía el sueño de una América libre y unificada, sin los límites entre países —que eran marcas administrativas puestas por los españoles—, y como reparación a tantas



La llamada “Manta de la luz” que los mapuches obsequiaron al Libertador. Col. Museo Histórico Nacional.

injusticias que se habían cometido contra el indio, manifestó su deseo de una monarquía en cuyo trono se sentara un descendiente de los incas.

Pero, concluidas las guerras de la Independencia en 1824, el sueño sanmartiniano se vino abajo. Comenzarían primero las guerras civiles entre federales y unitarios, y a la par de ellas la guerra contra el indio.

!!!Rosas!!!

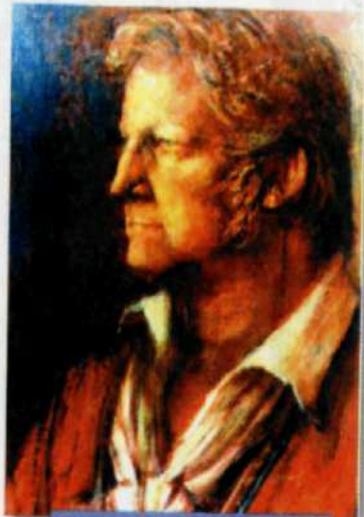
Así como en Chile el límite entre mapuches y blancos quedó desde comienzos del siglo XVII fijado en el río Bío-Bío, en toda la época de los virreyes el Salado bonaerense fue la frontera natural entre criollos y pampas en la llanura argentina (mencionamos solo el límite con Buenos Aires pues este es el lugar desde donde habrán de venir los avances sobre la tierra del mapuche).

Pero luego de la Independencia las cosas cambiaron. El paisaje de esas pampas infinitas, ricas en pasturas y aguadas naturales que se extendían más allá del Salado, empezó a despertar la codicia de los criollos, que necesitaban espacio para desarrollar la ganadería en un momento de apogeo de los saladeros.

La década que arranca en 1820 fue sangrienta. Pretextando expediciones de castigo contra los mapuches por robos de ganado en las estancias, se sucedieron las campañas del gobernador Martín Rodríguez y el coronel Rauch, la fundación de los fuertes de Tandil y Bahía Blanca (que significaban cuñas metidas en la llanura), hasta desembocar en la Campaña al desierto de 1834. Esto fue abonando una creciente hostilidad que puso al mapuche en una disyuntiva fatal: hacerse "amigo" del cristiano (es decir, someterse) o luchar contra él.

Un personaje clave en las modalidades y el desarrollo de las guerras de frontera entre blancos y mapuches fue sin duda Juan Manuel de Rosas.

El joven Rozas había tenido desavenencias con sus padres y abandonado el hogar paterno. Se había conchabado como mayordomo en las estancias de sus primos, los Anchorena, y simplificando su apellido Ortiz de Rozas (así con zeta) por el de Rosas a secas. Luego, junto con sus primos estableció una serie de saladeros y compraron la estancia "Los Cerrillos", también sobre el Salado, estancia que Rosas irá ampliando, ganando tierras a los mapuches. En esta permanencia en el campo, Rosas se haría "amigo" de varios caciques, entre ellos el



Juan Manuel de Rosas.

viejo Catriel, jefe de una de las familias pampas de más relevancia histórica. Y en el momento de las expediciones del gobierno contra ellos, saldría a defenderlos diciendo que había que procurar ganar su amistad y apuntar los cañones contra los ranqueles, que eran ciertamente los más aguerridos, mejor organizados y tenían un jefe insobornable: el gran Yanquetruz.

Esos serán, junto con los unitarios, los principales enemigos que Rosas durante toda su vida militar y política tratará, en vano, de doblegar.

Ahora bien, lo que Rosas llamaba "amistad" era la compra de la sumisión de los mapuches a la voluntad de los blancos mediante la provisión periódica de yeguas, yerba, bebida. De esa manera, podía usarlos también de barrera protectora contra los malones de otras tribus rebeldes.

Los Catriel

Los Catriel pertenecían al grupo de los llamados pampas (*lelfunches*, "gente del llano", en mapuzungún), es decir familias del tronco mapuche que ya

llevaban generaciones en la llanura, con sangre tehuelche y querandí mezclada en sus venas. Vivían en la zona de Azul, más precisamente en lo que es hoy Olavarría, las puntas del arroyo Tapalqué.

Vutá Catriel, Catriel el Grande, gozó desde temprano de la amistad y protección de Rosas, desde los primeros ataques que el gobernador Rodríguez llevó contra ellos en 1823. Rosas siempre se empeñó en protegerlos, sabedor de que podía tener en ellos valiosos aliados, y no se equivocó. Juan Catriel le sería fidelísimo, lo acompañó en su campaña a los llanos y llegaría a empeñar por él sus lanzas en la mismísima batalla de Caseros, el ocaso de Rosas.



Juan Catriel, con traje federal.

La Campaña a los llanos

Será en 1829, luego de haber derrotado al general unitario Juan Lavalle, responsable del fusilamiento del gobernador Manuel Dorrego, cuando Rosas asuma su primer gobierno de la Provincia de Buenos Aires con Facultades Extraordinarias.

esta es la más justa de las fuerzas. ¿Quién podría creer que se cometan tantas atrocidades en un país cristiano y civilizado?

Y hace una trágica profecía:

Creo que dentro de medio siglo no habrá ni un solo individuo salvaje al norte del río Negro.

Los mapuches voroganos

No obstante sus logros, Rosas volverá de su campaña con algún gusto amargo por no haber podido doblegar a los ranqueles. A los fracasos de Ruiz Huidobro y el fraile Aldao se sumaban los esfuerzos poco empeñosos de unos indios amigos suyos: los voroganos de Carhué. Estos voroganos eran mapuches emigrados de Chile, de la reducción española de Vorohué (de allí su nombre), cuando la Guerra a Muerte desatada por San Martín en Chile los dejó del lado de los realistas.

Aquí se instalaron en la zona del Carhué, y Rosas hacía tiempo había entrado en tratos con ellos y comprado su amistad y fidelidad.

El caso es que, encargados de batir a los ranqueles atacándolos por el sur, los voroganos fueron remisos a emprenderla contra sus parientes (puesto que estaban unidos por lazos familiares a familias ranqueles), y la venganza de Rosas no se hizo esperar. Es lo que se conoce como la masacre de los médanos de Masallé.

Este episodio –novelado por Estanislao Zeballos y repetido luego en esa misma versión hasta el cansancio– refiere el ataque inopinado y sangriento de doscientos mapuches venidos de la cordillera que pasan a degüello a toda la tribu. El nombre del que comandaba a los atacantes se haría luego célebre en toda la llanura: Calfucurá.

Pues bien, los lanzazos de Calfucurá contra los caciques voroganos Rondeau y su hermano Melín lo mentaron a Juan Manuel. Y si bien el Restaurador nunca reconoció que hubieran obrado por orden suya, el propio Calfucurá confirmaría años después al presidente Mitre la otra presunción:

También digo a U. que yo no soy de este campo pues yo bajé cuando el gobernador Rosas me mandó llamar...



Sello de Calfucurá.

Calfucurá

De procedencia huilliche, Calfucurá habría nacido en la zona llamada "de entrecordilleras", cerca del volcán Llama. Era hijo del célebre cacique Huentecurá, que cooperó con San Martín cuando el cruce de los Andes, y de la cacica Amuizeu. Tendría cincuenta y pico de años cuando llegó a las pampas junto con su hermano Antonio Namuncurá y el resto de su ya numerosa familia.

Santiago Avendaño, el muchacho cautivo de los ranqueles que ya hemos mencionado, cuenta en sus *Memorias* que ni bien llegó Calfucurá se apresuró a disculparse por el barullo que había metido con su arribo, despachando chasques a los cuatro vientos de la llanura: a los ranqueles, a Chile, a los Catriel, a los jefes de Bahía Blanca y al mismo Rosas, explicando que el propio Dios y la Providencia lo habían mandado a destruir el poder de los traidores voroganos y lo habían elegido a él para "la grande misión de mantener la paz con el gobierno de Buenos Aires".

Dice Avendaño en sus memorias acerca de Calfucurá:

Es tan popular, que a todos les aplica uno de esos títulos que expresan el vínculo en las familias: hermanos, cuñados, yernos, sobrinos, entenados, suegros o primos. Y tiene sus dichos chistosos para cualquiera. La franqueza con que se brinda a quienes lo tratan, jamás ha sido motivo para que le falten el respeto; por el contrario, hay indios quienes, haciéndose los humildes,

Piedra Azul

La fama de sus poderes sobrenaturales ha llegado casi hasta nuestros días. Así lo recordaba en Chile no hace mucho tiempo un paisano suyo, José Carril Pircunche:

"Calfucurá era como un dios, cuando hacía Nguillatún todos tenían que darle lo que él pedía. En los malones –cuando se veía urgido– él pedía una lluvia o un viento que levantaba las piedras y los españoles tenían que volverse; ese es el poder que tenía. A lo mejor tenía su 'Pichí-Pillán'. Era una piedra con la forma de persona, ese es el que le daba la fuerza para ir a la guerra. En una pelea el que es corajudo se mete y el que no, arrancó nomás. Tenía lanzas y boleadoras hechas por ellos mismos... entonces con esas armas defendieron su tierra... Esto costó muchas peleas, se terminaron muchos hermanos, de mi familia también murieron, pero no sé cuántos serían. Calfucurá llevó a mis bisabuelos a la Argentina. Allá iban a pelear. Así de a poquito los fueron arrinconando. Traían algunos animales de allá, los animales de los españoles, o iban a un pueblecito los mapuches y lo atropellaban. Se peleó muy duro por la tierra; antes éramos todos emparentados de este lado y del otro de la cordillera."*

* Obsérvese que el paisano sigue mencionando a los criollos como "españoles".

se excusan de ser vistos por el caudillo, porque su respeto hacia él raya en temor. Por su carácter, su franqueza y generosidad, se comprende que Calfucurá puede explotar a sus indios, sin que lo noten. Él jamás es indolente a la miseria ajena. Trata a todos bien y con amabilidad. Por eso se sostiene: gobierna y se le respeta. Si no fuese así, lo habrían arrastrado ya a la cincha.

Aparentemente, en 1836 Calfucurá envió una comisión a negociar la paz con Rosas.

Rosas, conforme a la política que ya había instaurado para mantener "de amigos" a los mapuches, aceptará esa paz y asignará al cacique una anualidad de 1500 yeguas, 500 vacas, bebidas, ropa, yerba, azúcar y tabaco.

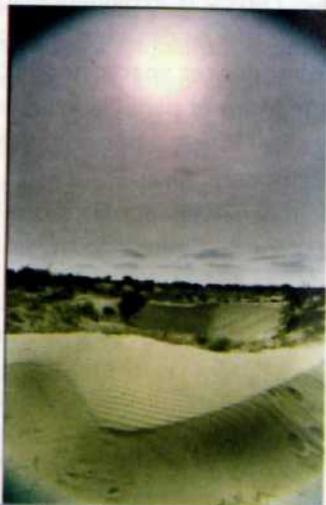
En las tolderías ranqueles

Después de la Campaña a los llanos, los ranqueles se mantuvieron en franca hostilidad con el gobierno de Rosas. Y fue también por esa razón que los unitarios perseguidos iban a buscar refugio entre ellos.

El coronel puntano Manuel Baigorria se había escapado en 1832 de ser fusilado por Facundo Quiroga y había corrido al abrigo del cacique Yanquetruz. Él y otros unitarios enfrentarían junto con los mapuches a las tropas de Huidobro y Aldao durante la Campaña a los llanos.

Veinte años pasaría Baigorria en las tolderías ranqueles sin que Rosas pudiera darle caza. Sería el padrino del cacique Baigorrita, nieto de Yanquetruz y uno de los últimos soberanos ranqueles. En la llamada Laguna de Trenel estableció su rancho, y ese fue el origen de toda una población de refugiados blancos donde se celebraban las fiestas patrias mientras duró el gobierno rosista.

Yanquetruz fue sucedido por el cacique Painé, uno de cuyos hijos había sido cautivado de niño por los blancos y enviado de regalo a Rosas. El Restaurador le cobró afición a este muchachito y lo hizo su ahijado de bautismo, dándole el nombre de Mariano Rosas con el que pasaría a la historia. Pero Mariano, en cuanto pudo, se escapó de su padrino y volvió con los suyos. A la muerte de su padre y de su hermano mayor Galván, sería cacique de los ranqueles hasta su muerte de viruela en 1877. Será el jefe principal que retrate el coronel Mansilla cuando visite los ranqueles en 1870.



Sitio de las tolderías de Trenel.
Foto de Jimmy Rodríguez.

La caída de Rosas

La batalla de Caseros, donde el Ejército Grande al mando del general Urquiza venció a las tropas rosistas y puso fin al largo gobierno del Restaurador de las Leyes, el 3 de febrero de 1852, cambió muchas cosas en las Provincias Unidas del Río de la Plata. Y los mapuches no quedarían al margen de ese nuevo orden.

A poco de asumir el general Urquiza el gobierno provisional, la provincia de Buenos Aires se rebela contra él y este decide instalar la sede gubernamental en Paraná. Buenos Aires, entonces, queda constituido como un



Tumba de Mariano Rosas, en Leuvucó (La Pampa).

estado autónomo al que se tratará de doblegar por la fuerza para que se integre al país.

Entre tanto, inicia sus sesiones en Santa Fe la asamblea constituyente que daría a luz nuestra Constitución Nacional al año siguiente, 1853.

Ahora bien, en ese período de casi diez años en que Buenos Aires quedó segregada del resto de las provincias y en pie de guerra contra ellas, se sucedió una sorda lucha por ganarse el apoyo de los caciques de tierra adentro. Calfucurá enseguida es conquistado para la causa de Urquiza: su hijo Namuncurá es enviado a Paraná a jurar la constitución y allá es bautizado con el nombre de Manuel y apadrinado por el propio Urquiza.

Los Catriel, los antiguos amigos de Rosas, han quedado en una situación complicada. Por un lado, Calfucurá ha venido tejiendo desde su llegada a las pampas alianzas más o menos secretas con todos los caciques del tronco mapuche de un lado y otro de la cordillera de los Andes, empeñado en formar una gran confederación indígena que pudiera actuar conjuntamente y frenar los embates del blanco por ir ganando tierras. Juan Catriel no se ha plegado enseguida a los planes de Calfucurá, pretextando compromisos con los blancos o resistiéndose a someterse a un advenedizo, que además se había instalado por la fuerza en los estratégicos dominios de las Salinas Grandes de la Pampa.

Pero un hecho lo obliga a adoptar una posición. El gobierno de Buenos Aires decide echarlo de sus tierras de Tapalqué para instalar un fuerte, y allí Catriel manda a pedir ayuda a sus paisanos de tierra adentro.

Eso dará origen a un formidable malón, comandado por Calfucurá y Catriel, donde participaron todas las más importantes parcialidades mapuches: chilenos, neuquinos, ranqueles, pampas, los caciques del río Negro, para enfrentar a un ejército que comandaba un joven coronel llamado Bartolomé Mitre.

Se enfrentaron en una serie de batallas, de las cuales las más importantes son las de Sierra Chica y San Jacinto, y al triunfar los mapuches en todas ellas hasta poner en fuga al ejército porteño, asolaron el pueblo de Azul y todo el partido, arreándose una cantidad impresionante de ganado vacuno y caballar, quemando los pueblos y haciendo cautivos.

Allí el nombre de Calfucurá se volvió sinónimo de espanto.

Olvidaré todo y trataremos de arreglarnos —escribe luego el cacique a los jefes de frontera—, pues los que murieron, murieron. Y ahora vamos a hacer unas lindas paces para siempre. Las haciendas que hemos traído, las echarán en olvido. Lo pasado, pasado...

Esa terrible demostración de fuerza detendría desde entonces los avances del blanco sobre los territorios mapuches por casi veinte años, y a la vez les daría a estos la conciencia de su poderío si se mantenían unidos, y de que eran una nación.

Definitivamente enemistados con Buenos Aires, los mapuches tomaron parte activa a favor de Urquiza en la batalla de Cepeda (1859), cuando la provincia fue vencida e invitada a integrarse a la Confederación argentina. Pero poco después, columbrando que el poderío de Urquiza iba declinando, Calfucurá y los suyos se abstendrían de participar en la batalla de Pavón (1861), cuando las fuerzas confederadas fueron derrotadas por el ejército porteño al mando de Mitre. Buenos Aires pasaría a controlar la organización del país.

La unificación nacional

En 1862 las elecciones presidenciales llevaron a Mitre a la presidencia, y uno sus primeros actos de gobierno consistió en intervenir varias provincias del interior cuyos caudillos federales se mantenían rebeldes y protestaban el triunfo mitrista. Es el caso del Chacho Peñaloza en La Rioja, Varela y Chumbita en Catamarca y La Rioja, los Saá en San Luis, Clavero en Córdoba. Todos ellos esperaron en vano que Urquiza se pusiera al frente de un gran ejército —como había sucedido para derrocar a Rosas— y enfrentara nuevamente a Mitre. Pero Urquiza se mantendría en silencio en su palacio San José, en Entre Ríos, y de las filas federales saldrían los cuchillos que acabaron con su vida en 1870.

En cuanto a la política de Mitre con los mapuches, salvo una expedición contra los ranqueles de Mariano Rosas —que eligieron aliarse a las montoneras federales—, fue relativamente conciliadora. (Es cierto que tenía otros frentes de qué ocuparse. Doblegadas las montoneras, en 1865 Mitre entablaría junto con Brasil y Uruguay la cruenta y famosa Guerra del Paraguay.)

Cuando en 1868 Sarmiento suceda a Mitre en la Presidencia de la Nación, realizará esfuerzos más empeñosos para doblegar a los mapuches y obligarlos a someterse. Una de sus primeras medidas de gobierno es mandar a explorar y ocupar la isla Choele-Choel, en el río Negro, que era un punto estratégico en el tráfico del ganado de los malones que se llevaba a vender a Chile. Se entabla entonces una sorda pulseada diplomática entre Calfucurá y el gobierno argentino, en la que el cacique finalmente triunfa.

Sarmiento consideró prudente retirar las tropas de Choele-Choel.

Carta de Bernardo Namuncurá, sobrino y secretario de Calfucurá, dirigida al coronel Álvaro Barros, comandante de Azul:

Medice mi general [Calfucurá] que le dé a saber de la venida del hermano Renquecurá, y que ya está en Choele Choel con 3500 lanzas sin contar las que vienen todavía en camino, y el motivo de esta venida es por la población que se iba a hacer en Choele Choel, y que al señor Gobierno se le comunicó que había mandado comisión a todas las indiadas y que todos los caciques se habían enojado por la población de Choele Choel, pero que como ahora esta población ha quedado así pues, dice mi general que esta fuerza del hermano es para favorecerlo si en caso dan contra él. Como mi general no tiene ninguna cosa con usted quiere que usted se entere de todo esto, y tenga la bondad de decirle las buenas ideas del señor gobierno para que el hermano quede enterado de todo, que el vi-

vir bien es mejor que mi general no quiere la guerra.

Y también me dice mi general le dé a saber a usted las peleas con los cristianos chilenos. El cacique Quilapán y el cacique Calfucoi, Marihual y Calfuén han peleado cinco veces y han derrotado cuatro fortines, Guleguaicó, Pecosquén, Rinaicó y Marfén, y en toda la pelea se cuenta 630 muertos de los cristianos, 205 mujeres cautivas entre chico y grande, siete mil animales entre vacas, ovejas y caballos, tomándoles dos jefes prisioneros que el uno se llama Contreras y el otro ha confesado ser puntano, y estos jefes le han prometido al cacique Quilapán de hacer el tratado con el gobierno chileno, pero él quiere primero venir a pelear en esta parte de la Argentina, y quiere venir a colocarse entre los ranqueles con 3 mil lanzas dejando 5 mil más en Colicó; pues todo esto me encarga mi general.

Bernardo Namuncurá

La película del Rey

Quizás ustedes hayan visto "La película del Rey", de Carlos Sorin; la mencionamos porque se refiere a uno de los tantos personajes curiosos que atravesaron la historia de la guerra de fronteras: Orllié Antoine de Tunens, un francés que se fascinó de oídas con las tierras australes de Argentina y Chile y se decidió a emprender una extraña aventura.

Orllié Antoine era un modesto funcionario en su pueblo natal del sur de Francia, y quizás cansado de esa vida aburrida y chata que llevaba allá, habiendo leído tantos relatos exóticos de viajeros franceses que habían recorrido nuestras tierras, tuvo la idea de venir a conocerlas él también. Pero no solo eso, en su cabeza afiebrada se agitaba la intención de conseguir adeptos y coronarse rey.

Llegó a Chile en 1858, y pasó dos años en Santiago y Valparaíso aprendiendo el idioma e informándose sobre la situación y las costumbres de las tierras del sur: el dominio de los araucanos. Así supo que sus indomables habitantes no respondían al gobierno de Chile y estaban en lucha permanente por mantener la frontera que los separaba del cristiano, que era el río Bío-Bío. El cacique Quilapán, primo de Calfucurá, era el jefe principal.

El contacto lo hacen dos comerciantes franceses, que tenían tratos con los mapuches, y a quien Orllié promete ministerios si logra consolidar su proyecto. Obteniendo el permiso de los principales jefes araucanos, en 1860 se decide nuestro personaje a cruzar la misteriosa frontera y llegar a los toldos de Quilapán. El francés tiene una larga melena negra y enrulada, barba y bigotes, y sobre su levita se ha puesto un poncho mapuche. En todo momento él tiene presente que lo que quiere lograr es la adhesión espontánea de las tribus para conformar su reino, y no la conquista.

Bueno, allí es bien recibido, entusiasman sus discursos y las ideas que trae, y a través de Quilapán envía chasquis a caciques patagónicos que también se adhieren a él, por lo que Monsieur de Tunens ya no duda en proclamarse Rey de Araucanía y Patagonia con el nombre de Orllié Antoine I.



Orllié Antoine I,
con poncho mapuche.

No sabemos qué tanto habrán entendido los paisanos mapuches de lo que significaban un rey, títulos de nobleza, una Constitución a semejanza de la francesa y todos esos embrollos que enumeraba Orllié. Antes que nada velan en él a alguien que venía a apoyarlos en su lucha contra el avance de los blancos. Para darse a conocer y hacer una demostración de fuerza, el "Rey" convoca a gran cantidad de guerreros en las orillas del Bío-Bío. Pero mientras la convocatoria se realiza, un peón que él ha llevado contratado para que se ocupara de su equipaje ha enviado una denuncia a las autoridades de la frontera sobre las intenciones del francés. Es así como a poco de estar en su trono, Orllié es capturado y conducido ante el coronel Cornelio Saavedra (nieto del Cornelio Saavedra de la Revolución de Mayo) que lo quiere hacer juzgar por criminal. Orllié no puede comprender cómo en estas tierras se da semejante trato a un rey. Pasa nueve meses y medio tirado en un calabozo hasta que lo repatrian a Francia por considerar que no estaba completamente en su sano juicio.

Pero él insiste; su amado reino no es cosa que se eche al olvido así como así. De manera que vuelve en 1869. Esta vez desembarca en Carmen de Patagones y pretende llegar a Chile remontando el Río Negro, así de paso conoce un poco esa Patagonia que también forma parte de sus dominios. Pero cuando llega a la isla Choele-Choel causa gran alarma entre los mapuches, y ya van a lancearlo cuando un cacique recuerda haber oído hablar de él y de su amistad con Quilapán; así que no solo le salva la vida sino que lo acompaña a cruzar la cordillera.

Orllié remontó el Río Negro, visitó a los principales caciques neuquinos, y llegando al otro lado se entera de que la relativa paz con que mapuches y blancos habían convivido en Chile se había roto: Cornelio Saavedra está por emprender una campaña con la ayuda de indios amigos contra Quilapán y los suyos por no sujetarse a las leyes chilenas. El plan del coronel Saavedra consistía en la conquista paulatina del territorio, fundando pueblos y haciendo avanzar la frontera, pero dejando a los mapuches un cierto número de tierras. Enterado ahora de la presencia de Orllié, le pone precio a su cabeza, por lo cual este, temiendo un mal fin, decide pegar la vuelta a Bahía Blanca y de allí embarcarse a Francia.

Volvería dos veces más el empecinado monarca por estos rumbos. En 1874 llegó hasta Bahía Blanca pero lo reconocieron paseando en la calle, y lo metieron preso. Y de ahí lo deportaron de nuevo a Francia.

Y la última vez vino en 1876, casi veinte años después de su primera atropellada. Pero cae enfermo en Buenos Aires y deben internarlo en el Hospital Francés. Como su estado es delicado lo envían nuevamente a su país, donde muere dos años después sin haber dejado de soñar con su lejano e inalcanzado reino.

El principio del fin

Un acontecimiento decisivo en lo que hace a las nuevas tensiones en la frontera bonaerense fue la muerte de Juan Catriel en 1866, y la toma del mando por su hijo Cipriano. Dicen que era su hijo mayor Juan José quien debía asumir, pero que este no quiso hacerlo "porque no se sentía capaz de cumplir con los tantos pactos que su padre tenía firmados con los cristianos". Cipriano, en cambio, se sentía profundamente inclinado a adoptar el modo de vida de los blancos, y desde el comienzo recostó su poder en una estrecha vinculación con las fuerzas fronterizas, lo que derivaría en profunda desconfianza de parte de otros caciques y capitanejos que miraban esto con malos ojos. Cipriano Catriel, temeroso de que aquellos atentaran contra su vida, tramó con los jefes de frontera un ataque a estos disidentes, que resultaron muertos o prisioneros.

Este atropello ya no puede ser tolerado. Nuevamente, como en 1855, una gran coalición indígena —que reunía a los principales caciques de un lado y otro de la cordillera— se puso en marcha para hacer su justicia.

"Allí vienen los malones, es el mismísimo viejo Calfucurá el que está aquí con muchos chilenos y ranqueles". Así se despabilaba la frontera ante el avance pavoroso del vengador de las pampas.

Los mapuches atacaron en número de seis mil en un frente de veinte leguas, hasta que el 8 de marzo de 1872 se dio el choque definitivo en las inmediaciones del fortín San Carlos (que luego daría origen al pueblo de Bolívar).



Ilustración de Andrea Trotta.

En realidad, lo más triste de esta batalla es que los mapuches fueron puestos a pelear entre sí. Los hombres de Catriel, del lado de los blancos, al principio se resistieron a enfrentar a sus hermanos de raza (pensemos además que la mayoría estaban emparentados), pero Cipriano pidió un piquete de cincuenta tiradores para hacer fusilar a los que se negaran a combatir. De manera que no hubo forma de quitarle el cuerpo a la pelea. Según un parte, echaron pie a tierra las dos líneas, y "trabose el más reñido y sangriento combate a lanza, sable, cuchillo y bola, del que puede decirse, sin ejemplo en estas guerras".

Considerada esta como una primera y definitiva derrota, Calfucurá ya no habría de recuperarse. Moría un año después en las Salinas Grandes.

Escribió en su memoria el general Ignacio Garmendia, contemporáneo del cacique:

De Contucó a San Carlos pasaron años de victorias y reveses y nunca el espíritu del feroz huno argentino desmayó; 60 años vivió con la lanza en la mano, combatiendo por la independencia de la tierra sagrada de sus padres [...] La memoria de este indio extraordinario que en otro teatro más vasto y culminante, y con otra educación profesional en sus instintos guerreros, pudo irradiar los fulgores del genio no ha de morir...

El nuevo Rey de las Pampas

Namuncurá fue sin duda el digno sucesor de su padre Calfucurá. Aplomado, serio, juicioso, la mejor lanza, tenía unos sesenta y dos años cuando asume el mando.

Hay una muy importante biografía del cacique: *El cacique Namuncurá, el último soberano de la pampa*, del coronel Adalberto Clifton Goldney, que, si bien tiene el punto de vista de un militar defensor de la conquista, es muy completa y tiene un anexo con mucha documentación.

Si bien la situación de tensión en la frontera no se aflojó en ningún momento después de la muerte de Calfucurá, la gota que colmó el vaso fue la decisión del ministro de Guerra Adolfo Alsina de enviar una comisión a hacer un estudio topográfico de los campos de Guaminí, Carhué y Puán, para adelantar hasta allí los fuertes.

¡Carhué era el punto codiciado, la clave para entrar en la pampa! Ya lo había previsto Calfucurá, moribundo (y la leyenda quiere que sean sus últimas palabras): "¡No abandonen Carhué al huinca!".



¡Namuncurá!

Concedor de todos estos movimientos, en una carta enviada al jefe de Bahía Blanca, en noviembre de 1875, Namuncurá es firme en su posición:

He tenido instrucciones de que el superior gobierno dispone mandar una comisión de ingenieros a examinar la naturaleza de Carhué y por este incidente puse un poco de atención comunicándole a todos mis caciques y capitanes, en donde juntamente conmigo nos parece mal esta disposición que hace por parte del superior gobierno llamando la atención de este incidente, reconocemos que, como todavía no nos hemos dado la mano derecha para quedar definidos los arreglos de paces, se ordena una disposición que agrava a nuestro estado de los indios quitarnos el campo del Carhué sin haberse vendido, dicho campo se halla de esta parte de la línea de fortines ocupado de hacienda, en que se agrava el mal de nuestro trabajo de la boleadoras, siendo como heredero de mi finado padre, que tanto ha trabajado en tiempo de la Independencia, ha peleado en contra de los indios que no querían ser amigos con los cristianos, estableciendo sus posiciones en los campos que ha sabido defender y, por ser campos heredados, los defiende como a el Carhué, Arroyo Sur, Arroyo del Venado y del Guamini y Arroyo Corto y del Pescado, Arroyo del Saucé, que anterior los defendía mi finado padre, y por esta causa se ofrece dar alguna comunicación de esta observación, comunicándole que he soñado que los cristianos me quitaban el campo. Si en caso estos campos que defiende me los sacan entonces me meteré entre los cristianos y haré grandes daños y sabremos quien podrá más.

La amenaza de Namuncurá habrá de cumplirse y será terrible.

La tragedia de los Catriel

Pero veamos un poco qué ha pasado entretanto con los Catriel.



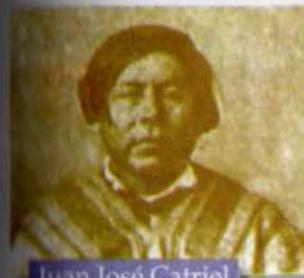
Cipriano Catriel.

Hay un libro muy interesante y minucioso que hace la historia de esta legendaria familia pampa: *Catriel y los indios pampas de Buenos Aires*, de Alberto Sarramone, que releva abundantísima documentación y reflexiona sobre tantas injusticias cometidas con ellos.

En 1874, los Catriel se vieron envueltos en la revolución que el general Mitre armó ante el triunfo eleccionario de Nicolás Avellaneda. Como tantas veces en la historia argentina, los mapuches fueron arrastrados en las contiendas que los blancos tenían entre sí. Y esta vez fueron las internas de los caudillos liberales. Así fue como el cacique Cipriano combatió a favor de Mitre, en tanto que su hermano Juan José se mantuvo del lado del oficialismo.

La revolución mitrista fracasó y forzó a la huida a los que la habían apoyado. En la disparada, las dos fuerzas de los hermanos Catriel tuvieron un combate entre ellos, de manera que cuando Cipriano fue atrapado finalmente por el ejército, Juan José lo pidió para juzgarlo según las leyes pampas. Junto con el cacique, cayó también su lenguaraz y secretario Santiago Avendaño, aquel ex cautivo de los ranqueles a quien ya hemos mencionado más de una vez. ¡Terrible sería la sentencia para los dos!

Un militar, Luis Güemes, deja este relato del hecho:



Juan José Catriel.

Yo presencié ese bárbaro espectáculo de una manera casual: venía del pueblito al campamento cuando vi que los indios, armados de sus chuzas, formaban cuadro, galopaban y hacían mil evoluciones. Me aproximé y vi a Catriel y Avendaño de pie en el centro. Catriel se paseaba envuelto en una manta azul y echando una mirada terrible sobre los indios. El bandido Avendaño temblaba y suplicaba que no lo mataran. Pero los indios echaron pie a tierra y los atravesaron a lanzazos. Catriel, cuando le tiraron el primer lanzazo, tiró la manta hacia atrás y quitó la lanza que le dirigían al pecho. Pero al mismo tiempo le clavaron otra en la espalda y cayó echándoles una maldición a los indios. Así concluyeron Catriel y su consejero, los dos bandidos más sanguinarios y crueles de la pampa.

Según dicen, aunque es ya una conjetura legendaria, fue el propio Juan José el que degolló al hermano, "hecho que los indios nunca quisieron reconocer".

El caso es que la elección de Juan José como sucesor de Cipriano dejó muy preocupados a los jefes porteños, que sostenían que Juan José representaba "el viejo espíritu indio, envidioso y desleal con los cristianos".

Pero antes de ser el cacique desleal con los cristianos, estos dieron el primer paso. Por un decreto gubernamental, se decidió sacarlos de sus campos y establecerlos más afuera, puesto que su vecindad era "molesta" para los otros propietarios y sus tierras *muy codiciadas*. Esta medida, y las visitas que las comisiones de Namuncurá empezaron a hacer a sus toldos, decidirían al cacique a romper lanzas con el huinca para unirse definitivamente con Namuncurá, unión que nunca antes habían concretado del todo el viejo Catriel con Calfucurá ni tampoco Cipriano.

El Malón Grande

El plan de Alsina de ocupar Carhué se puso en marcha mientras desde la comandancia de Azul y sobre todo la de Bahía Blanca se trataba de entretener a Namuncurá con promesas y conversaciones sobre el tratado de paz. Pero en Salinas Grandes no ignoraban los preparativos y ellos también hacían los

suyos. El malón grande se estaba cocinando, y de todos lados llegaban a Buenos Aires noticias como esta: "Sabemos que de los toldos de Mariano Rosas salen grupos más o menos considerables para incorporarse a Namuncurá a fin de invadir el sur de esta provincia".

Empezaron también algunas maloqueadas al mando del cacique Pincén —uno de los más bravos e indómitos guerreros pampeanos— y otros caciques en distintos puntos de la frontera, pero el aliado más buscado por Namuncurá, como lo había sido en su tiempo para Calfucurá, había sido la tribu de Catriel, que terminó por sublevarse definitivamente contra los blancos y unirse al malón.

Las cifras hablan de 5000 lanzas que arrasaron Azul, Olavarría y otros departamentos vecinos, se llevaron 300.000 cabezas de ganado, 500 cautivos y dejaron 200 muertos. El fuego, el saqueo y el degüello fueron la feroz respuesta de Namuncurá y Catriel a los planes del gobierno.

Es difícil hacerse una idea del calibre que tuvo este malón, porque el mapuche sabía lo que se estaba preparando para ellos. Sabían los paisanos lo que significaban los proyectos del gobierno, el avance del ferrocarril, Alsina y su plan de ocupación progresiva del "desierto" (y eso que todavía el "duro" Roca no había asumido el papel protagónico).

El último contraste que tuvo este malón fue el combate en la Laguna Paragüil —actual partido de General Lamadrid, al suroeste de Olavarría—, donde fueron vencidas las lanzas de Namuncurá y Catriel. Sería su última batalla.

En abril de 1876 las fuerzas del coronel Levalle ocupaban Carhué, para siempre, y para el mapuche empezaba la larga retirada.

La Zanja de Alsina

Se insiste en señalar a Adolfo Alsina, ministro de Guerra del presidente Avellaneda, y a su sucesor en el cargo Julio Argentino Roca como los representantes de dos actitudes opuestas ante "el problema del indio": la postura "defensiva" (Alsina) y la "ofensiva" (Roca). El primero construyó una zanja (una especie de muralla al revés) para frenarlo, y el otro la saltó para darle caza y matarlo o aprisionarlo.



Cartel cerca de Trenque Lauquen.

¡Qué disparate la zanja de Alsina! Y Avellaneda lo deja hacer. Es lo que le ocurre a un pueblo débil y en la infancia: alejar con murallas a sus enemigos... Si no se ocupa la Pampa previa destrucción de los nidos de indios es inútil toda precaución y plan para impedir las invasiones.

Así se lee en los *Apuntes personales* del general Roca, fechados en 1876.

Pero no era que Alsina pretendiera delimitar territorios y fundar un acuerdo con los caciques del tipo "ustedes de un lado y nosotros del otro, y no vale meterse a robarnos las vacas"; tenía los mismos intereses en reducir al mapuche y disponer de sus tierras, solo que quizás era excesivamente cauteloso o le faltaban decisión y un "verdadero programa", como el que Roca desplegaría un par de años después.

Viene entonces la construcción de la famosa zanja, cavada a lo largo de ciento y pico de leguas, desde Italó (en el sur de Córdoba, donde se junta hoy esta provincia con Buenos Aires y La Pampa) pasando por Trenque Lauquen hasta Bahía Blanca, y que tenía como objetivo fundamental frenar las invasiones.

Pero Alsina muere en 1877, pocos días después de su conclusión, y otra será la manera que su sucesor Roca tendrá de tratar con el mapuche.

La Conquista del Desierto

La marcha de Roca al Desierto se desarrolló entre el 16 de abril y el 25 de junio de 1879. En los campos por los que pasó, los de la Pampa hasta la isla Choele-Choel, ya no quedaba un solo mapuche. Durante el año 1878, numerosas partidas habían arrasado ya esas tierras.

No obstante la brevedad de su recorrido, con la completa ausencia de acciones militares, ciertamente Roca es "el Conquistador del Desierto", el cerebro que planeó la campaña y el primer responsable de su ejecución. Su movida, como la de Rosas cuarenta y seis años antes, fue el trampolín para ascender a la presidencia de la Nación, desde donde debió cumplir con los compromisos contraídos con todos los que habían financiado la campaña. Sobre todo la banca inglesa.

Fue un paseo simbólico, el vencedor que pisa la tierra conquistada para sentar su definitivo dominio sobre ella.

El ocaso de los jefes ranqueles

La "limpieza" de mapuches de la Pampa se había completado con la destrucción del poderío ranquel.

Epuer (o *Epu-gnerr* = dos zorros), que había tomado el mando de la tribu en 1877, a la muerte de su hermano Mariano Rosas, había sido sorprendido con algunos de sus hombres en momentos en que levantaban la cosecha de cebada y hecho prisionero. Sufriría como tantos otros prisión en la isla Martín García, y, liberado en 1883, hay quien dice que terminó de peón en una estancia de Bragado.

Pero el fin del cacique Baigorrita fue quizás el más conmovedor de todos, el más épico. Gracias a Mansilla tenemos una noble y viva pintura del cacique, que nos lo presenta quizás como el personaje más querible de los que conoce en su viaje, manso y nostálgico de su madre blanca.

Habiéndose retirado con sus familias al Neuquén, es acorralado sobre la desembocadura del río Agrio por las fuerzas de Napoleón Urriburu y resulta fieramente herido en el encontronazo. Se había negado a subir al caballo que le ofrecía uno de sus capitanejos, se había quitado el poncho y había esperado a la partida con la lanza en una mano y el cuchillo en la otra. Según un relato basado en el parte de Urriburu,

Baigorrita, gravemente herido de bala y arma blanca, se negó a que lo condujeran al cantón de "Paso de los Indios". Lo cargaron en un caballo manso, y él se arrojó a tierra y desgarró el vendaje de sus heridas [...] pedía a gritos un arma para ultimarse. Fueron inútiles los esfuerzos del sargento Ávila para convencerlo de que se dejara llevar al campamento, donde se lo curaría. Y hubo que matarlo [dice el jefe de la patrulla] pues no eran momentos ni sitios aquellos para que una partida suelta anduviera esperando.

Manuel Baigorrita tenía 40 años.

Los ranqueles eran el pueblo más antiguo de la Pampa, y fueron también los más rebeldes e indomables. Después, los pocos que sobrevivieron a la masacre, tuvieron que sufrir el oprobio de que les destinaran un paraje árido con un nombre que les habrá dolido mucho: Teniente General Emilio Mitre.

Celina Mauro, poeta y maestra de niños ranqueles, ha escrito una hermosa huella sobre la retirada del cacique, musicalizada por Alfredo Gesualdi:

Horizonte de sangre,
de sombra y duelo,
los huincas de Racedo
quieren tu suelo,
y acá por Poitahué
el triunfo es de ellos,
ay, cacique Manuel,
ya no hay remedio.

A la huella, a la huella...
vamos siguiendo
el rastro de Manuel
por el desierto.

A la huella, a la huella...
ay, Baigorrita,
no se pierdan tus pasos -
la Pampa grita.

Manuel, nahuel del monte,
nahuel vencido,
no abandones la mapu
donde has nacido,
no abandones la mapu
de tus desvelos
que la muerte te espera
allá en Añelo.

El comandante Prado, que hizo la marcha a Choele-Choel como cadete en las filas de Levalle, cierra su libro *La guerra al malón* con aquel célebre y amargo rezongo en memoria del soldado anónimo, cuya sangre se derramó a la par de la del indio.

“¡Pobres y buenos milicos! Habían conquistado veinte mil leguas de territorio, y más tarde, cuando esa inmensa riqueza hubo pasado a manos del especulador que la adquirió sin mayor esfuerzo ni trabajo, muchos de ellos no hallaron -siquiera en el estercolero del hospital- rincón mezquino en qué exhalar el último aliento de una vida de heroísmo, de abnegación y de verdadero patriotismo. Al verse después despilarrada, en muchos casos, la tierra pública, marchanteada en concesiones fabulosas de treinta y más leguas; al ver la garra de favoritos audaces clavada hasta las entrañas del país, y al ver cómo la codicia les dilatava las fauces y les provocaba babeos innobles de lujurioso apetito, daban ganas de maldecir la gloriosa conquista, lamentando que todo aquel desierto no se hallase aún en manos de Reuque[curá] o de Sayhueque. Pero así es el mundo: los tontos amasan la torta y los vivos se la comen.”

La conquista del País de las Manzanas

“La República no termina en el río Negro. Más allá campan numerosos enjambres de salvajes que son una amenaza para el porvenir y que es necesario someter a las leyes y a los usos de la Nación.” Así opinaba el Zorro del Desierto (Roca). Por eso, a pesar de que el río Neuquén era el límite fijado por ley de la Conquista para llevar las acciones militares, cuando Napoleón Urriburu lo cruzó e invadió el territorio del Neuquén -el también llamado País de las Manzanas, o Comoé- Roca aplaudió la iniciativa en lugar de condenarla por ilegal.

Apresan en primer lugar al cacique Purrán, a quien habían llamado a parlamento, y luego, en sucesivas batidas que se realizarán entre 1881 y 1885, irán cayendo uno tras otro los grandes jefes manzaneros: Manquel, Renquecurá, Inacayal, Foyel, y finalmente Saihueque, el cacique que tantas veces había dado hospitalidad a su amigo el perito Moreno.

Contados desde las primeras expediciones sobre la Pampa en 1878, siete largos años han pasado de luchas, de persecuciones, de exterminio. Termina para siempre el dominio del mapuche sobre el que era su territorio.



Sayhueque



La reina Bibiana.

La reina Bibiana

Bibiana García fue la última cacica de los catrieles después de la Conquista del Desierto. Su nombre indígena era Dugutayén y era además *machi* de la tribu. Realizó dos viajes a la Capital para gestionar el otorgamiento de tierras y en uno de ellos fue retratada. Cuando el fotógrafo de la célebre revista *Caras y Caretas* llegó al lugar donde se alojaba y le manifestó el motivo de su visita, ella le preguntó:

- ¿Detratar? ¿Y pa qué?
- Para enseñarle al país quién es usted... y que vive...
- ¡Ah, güeno...! Mejor sería que darte mi tierra pa mis indios...

Nosotros dueños tierra no tenemos y lo gringo llenitos.

-¿Sí? Ahora le van dar.

-¡Linda tierra para morir! ¡Agüita nada!

Efectivamente, lejos del agua, en un páramo debió fundar la Colonia Catriel, en Río Negro. La reina Bibiana murió en Puelén (La Pampa) en 1919, de regreso de la celebración de una rogativa en el cerro Tralma.



La reina Bibiana con su familia.

La rendición de Manuel

Febrero de 1884. Seis años habían corrido desde que los Curá dejaran las Salinas Grandes para siempre y empezaran su retirada. En ese lapso habían ido cayendo los principales caciques, muertos o prisioneros. Solo Namuncurá resistía, escabulléndose en los recovecos de la cordillera.

En ese lapso pasa a Chile, y allí recibe una proposición de los jefes militares chilenos de asistirlo con armas y una dotación de 1800 hombres para que él pudiera volver a reconquistar sus tierras; pero -dirá después el cacique- "como buen patriota sentí que me avergonzaba de oír tales ofrecimientos". La oferta tenía sus buenas razones, cuando los militares y hacendados chilenos habían llenado durante años sus estancias con los ganados de los

malones comprados a los mapuches a vil precio, y por otro lado porque la cuña indígena impedía al gobierno argentino apropiarse de todo un territorio -la Patagonia- que Chile no dejaba de ambicionar.

Pero un día Namuncurá no pudo más. Parte de su familia había sido capturada (una de sus esposas, algunos de sus hijos). Y fue así como el 19 de febrero de 1884 en el mismo Pulmarí, la tierra que lo había visto nacer más de setenta años antes, vino a entregarse el cacique. Estaban los suyos semidesnudos y hambrientos, y el guerrero incansable y soberbio había dado paso al anciano vencido: -Ahora vamo a vivir como hermanos -dijo al comandante del fortín donde se presentó-... dando la mano, no pelear.

Al conocer la noticia, el ya presidente Roca consideró que podía darse por terminada la Conquista del Desierto.

Nunca Namuncurá fue tratado como un prisionero. Viajó a Buenos Aires y tuvo una entrevista con el presidente Roca, el doctor Zeballos le ofreció una comida en su casa, fueron llevados a pasear en carruaje por la ciudad, al teatro... Luego vendría el retiro en Chimpay, sobre el río Negro, hasta la definitiva instalación en Neuquén, cerca de Junín de los Andes, donde a la postre serían sepultados sus restos.

Toda la amargura, toda la tragedia de la derrota de su raza, está resumida en la sentida canción del cantautor pampeano Julio Domínguez "El Bardino":

Pobre Namuncurá
que se ha entregado,
usa uniforme huinca,
él no es cristiano.

No puede ser, no debe ser,
lo dijo Pincén, Yancamil también...

Pobre Namuncurá
sin su tobiano,
cambió las boleadoras
por guantes blancos.

No puede ser, no debe ser,
lo dijo Pincén, Yancamil también...

El cultrún te reclama
por el desierto,
trutruca de la nada
velan tus huesos.

No puede ser, no debe ser,
No, peñí, no, peñí, no peñí...

La "Pacificación de la Araucanía"

Con este nombre se conoce el proceso que en Chile correspondió a la Conquista del Desierto.

A pesar del límite tradicional del río Bío-Bío, que reconocía a los mapuches un territorio autónomo, en 1852 se crea la provincia de Arauco, lo que significa que —en los papeles— ese territorio pasó a pertenecer al Estado chileno, y sus habitantes entonces debían someterse a las autoridades nacionales. Como dijo un militar chileno: "No hay conquista, Arauco es nuestro, simplemente lo tenemos que ocupar".

No obstante, en la época de los grandes malones en la Argentina, el ganado robado en las estancias pampeanas era pasado al Arauco y vendido allá a los grandes latifundistas chilenos —muchos de ellos políticos y militares—, una situación de complicidad que sostendría durante muchos años las "amistosas relaciones comerciales" de los araucanos con los grandes propietarios.

Será desde 1872 cuando se ponga en marcha un progresivo avance sobre aquel territorio, en principio con las ventas en remates públicos de tierras "abandonadas" por los mapuches. Paralelo a ello —y en consonancia con lo que iba pasando en la Argentina—, se van fundando las ciudades de Negrete, Angol, Lumaco, Traiguén, y finalmente Temuco, en pleno corazón de la Araucanía. Estas últimas campañas provocaron la insurrección abierta del pueblo mapuche, conocedor también de lo que estaba sucediendo con sus paisanos en el lado argentino. Pero al igual que estos fueron derrotados y definitivamente sometidos por la misma época.



Ceferino Namuncurá.

Ceferino Namuncurá

Quizá pueda parecer caprichoso detenernos en una figura cuya significación no tiene directamente que ver con nuestro tema. Pero así y todo, aun considerándolo una rareza, quisimos decir algo sobre él. Quizá su trágica existencia encierre en sí mucho de lo que sería el destino común del mapuche luego de su sometimiento.

Después de su rendición en 1884, Namuncurá y los suyos se instalaron provisoriamente en Chimpay, un paraje cerca de la isla Choele Choele, en el valle del río Negro. Allí, el 26 de agosto de 1886, día de San Ceferino, nace Morales Namuncurá.

¿Qué nombre me puso el padre misionero?, ¿quiénes fueron mi padrino y mi madrina? ¿Fui bautizado en Chimpay o en Choele Choele? En cuanto al nombre, habrá que insistir más a papá. Porque antes de salir de casa me llamaban Morales y durante el viaje para Buenos Aires, mi papá me lo cambió por el de Ceferino que actualmente llevo...

Hasta el fin de sus breves días el pobre Ceferino se hizo estas preguntas. Y es que, efectivamente, siempre lo habían llamado Morales (aunque lo habían bautizado Ceferino), que era además el nombre de bautismo de su tío Catrincurá (y para el mapuche ser tocayo representa una cosa de suma importancia).

Morales se crió pues como un verdadero niño mapuche, sabía andar a caballo, realizar destrezas con la lanza, las boleadoras, cuidaba los animales. Solía contar su madre que temprano se levantaba y, por propia iniciativa, juntaba leña que luego salía a vender para poder traer comida a su casa; ella había conseguido comprar unas ovejas y él era el único de los hijos que se ocupaba de cuidarlas. Todos los relatos coinciden en la temprana sensibilidad del muchachito a la miseria en la que vivían. En los *Testimonios* reunidos para la beatificación de Ceferino, se leen estas palabras de su primo Juan Coñuel:

...lagrimeaba al ver la misérrima condición de los indios de chusma, mal alimentados, ridículamente cubiertos con ropas prestadas o mal habidas. En esos días de escasez aun en los toldos del cacique, ante el apremio del padre imposibilitado de aliviar las necesidades de su gente hambrienta, en un gesto de hombría exclamó: —Papá, ¿cómo nos encontramos, después de haber sido dueños de esta tierra! Ahora nos encontramos sin amparo... ¿Por qué no me lleva a Buenos Aires a estudiar? Entre tantos hombres que hay allá, habrá alguno de buen corazón que quiera darme protección, y yo podré algún día ser útil a mi raza. —Sí, hijo —le dijo el padre, y lo abrazó y lo besó...

Así es como desemboca Ceferino en el colegio porteño de San Carlos, de los padres salesianos, y una nueva vida se abre para él.

Todos los testimonios recogidos sobre Ceferino entre sus tutores, maestros y ex compañeros del colegio coinciden en señalarlo como un muchachito dulce, humilde, generoso y extremadamente sensible. No obstante, mucho luchaba para reprimir lo que en él había de impulsivo y montaraz: era al fin y al cabo un indiecito. Sufre el contraste y la separación de los suyos, su alma se ve ahora repartida entre dos mundos. En el libro de Manuel Gálvez *El santito de la toltería*, se recoge esta anécdota de cuando un sacerdote salesiano, que venía de una misión a los onas de Tierra del Fuego, trajo un arco y una flecha para mostrarlos en el colegio:

Ceferino, al verlos, se enloquece por manejarlos. El padre vacila en prestárselos, pero, al fin, consiente. Ceferino dice que va a tirar hacia el cielo y que la flecha caerá en el mismo sitio donde él está. Sale la flecha hacia lo alto, se

detiene y luego baja, para caer en el punto que ha fijado Ceferino. Los aplausos lo saludan como a un héroe.

Mejor que Gardel

Apenas llegado Ceferino al colegio –imaginemos un niño de 11 años–, siempre lo hacían cantar para divertirse el estribillo de la canzonetta “Funiculí funiculá”, que él había adaptado así:

¡Fulí fulí, fulí fulá!

¡Viva el padre Gherra y Namuncurá!

La cantaba saltando al ritmo de su cantito, que era un testimonio de su cariño a este padre Gherra que menciona. Dicen que tenía una linda voz de soprano, y así recibe el segundo premio en canto en 1900 y el primero en 1901.

Lo curioso es que evidentemente superaba a un compañero suyo destinado a convertirse en un mito cantor: el Zorzal criollo. Carlos Gardel tenía algún año menos que Ceferino, y los dos pagaban la cuota de pobres en el colegio San Carlos (Gardel pagaba incluso menos que Ceferino). Pero bueno, mientras que abundan los testimonios sobre las cualidades vocales de Ceferino –que interpretaba incluso fragmentos de Rossini–, ni una sola mención a las de Gardel hay en los registros salesianos.

Namuncurá, profundamente sorprendido por mi pregunta, instantáneamente se calló, me miró, inclinó su hermosa frente, y unas lágrimas brillaron en sus grandes ojos negros... Nunca pude olvidar mi pregunta ni la impresión que recibió Ceferino...¹¹

Tenía ya un profundo sentimiento religioso –como lo tiene el indígena en general–, que los salesianos inclinaron hacia la fe cristiana. En ella Ceferino halló consuelo y alegría.

Otro día, no resiste la tentación de tomarle prestado sin aviso el petiso al vasco lechero que proveía todos los días al colegio. El lechero bajó los dos tarros y dejó el animal en el patio; Ceferino de un salto montó sobre él, salió campo afuera por el portón y enderezó hacia el sur por el camino que conducía a las chacras. Luego de un rato regresó a todo lo que daba y entró en el patio, sofrenó gallardamente, se apeó de un salto, y entregándole las riendas a su dueño le dijo que disculpara, pero hacía mucho que no montaba y la tentación lo había vencido...

Pero además de estas cuestiones pintorescas, su condición le acarreaba no pocas humillaciones, palabras ofensivas como “salí, indio”, “dejame lugar, negro”, lo herían más de una vez sin que él contestara con nada. Un compañero llegó incluso a preguntarle qué gusto tenía la carne humana. Así lo narra este mismo:

El Lirio de la Patagonia

Ceferino fue “la bella esperanza de las misiones salesianas de la Patagonia”. El apasionado fervor que el cristianismo despertó en un indiecito –un “salvaje”, un “infiel”–, que llamaba la atención de todos por su candor y nobleza extraordinarios, significaba para los padres un triunfo de su misión salvadora de almas.

De no haber sido por su ingreso al colegio de los salesianos, nadie hubiera sido sin duda para la posteridad Ceferino Namuncurá. Morales hubiera seguido siendo en la ranchada de su viejo padre. Lo que no sabemos es cuál de los dos destinos hubiera sido el mejor. En el colegio, al que ingresa con la esperanza de educarse y llegar a ser alguien para los suyos, él empieza a encontrar un camino, para lo que recibe toda la contención y el apoyo de sus educadores, que ciertamente lo querían y cuidaban mucho.

Pero también, en principio al menos, Ceferino era tratado con tanta consideración porque se trataba de un príncipe araucano –imaginense, nieto de Calfucurá e hijo de Namuncurá–, y este trato considerado formaba parte de la lucha de los vencedores por ganarlos para la vida “civilizada”.

En cuanto a los salesianos, ciertamente contuvieron muchos desmanes y atropellos al mapuche vencido, pero no hay que olvidar que colaboraron con su sometimiento y algo quizás más tremendo: lo arrancaron de su religión y de su cultura para imponerle el catolicismo. (La orden fundada en Turín por Don Bosco había desembarcado en el país en 1875 y estuvo muy ligada a lo que fue la Conquista del Desierto. La sociedad entre la cruz y la espada no era ciertamente nueva por estos lares, sino que campeaba desde el mismísimo “Descubrimiento de América”.) A Ceferino se lo apropiaron –como dijimos, significaba un trofeo para la orden salesiana, lo que podía la fuerza de la misión y su eficiencia catequística–, pero también es cierto que lo amaron hasta la devoción y lo cuidaron todo lo que pudieron, de manera que es difícil medir el bien y el mal que puedan haberle hecho.



Ceferino y Monseñor Cagliari.

¹¹ Valga el pasaje para aclarar que los mapuches ni siquiera practicaron nunca sacrificios humanos, como sí hacían otros pueblos americanos ordinariamente considerados en un estadio de evolución superior.

Una naturaleza devota y sumisa

A través de los salesianos, Ceferino se apasionó por la fe cristiana; se encontraba en una edad donde la religión y todo su aparato pueden llegar a canalizar muchos impulsos que se despiertan en el ser humano durante esa etapa, y sin dudas contribuyó también su naturaleza aborigen, sensible y extremadamente respetuosa de lo sobrenatural. Todo esto, unido a su ingenuidad y su profunda bondad y nobleza de corazón, fue construyendo ante la mirada de los otros la imagen del *santito de la toldería*.

Arrancado de su ámbito, de su lengua —mucho tuvo que luchar y estudiar para sobreponer el castellano al mapuche—, la religión evidentemente significó para él un inmenso consuelo. Se encargaba de la limpieza de la capilla, siempre estaba dispuesto a ayudar en las misas, los días libres daba clases de catequesis a los más chicos y les contagiaba su entusiasmo.

Dice el testimonio de uno de sus compañeros:

...esa fe lo acompañaba todo el día. Más de una vez en el pátio, en un aparte de sus entusiastas juegos, se me acercaba y señalándome una de las ventanas de la capilla, próxima al altar, me decía: "Allí se ve la lamparita de Jesús...", y comprendí que más de una vez dejaba de intento semiabierto el postigo de la ventana para poder mirar el sagrario durante el recreo...

Poco a poco, va sintiendo que el destino de sacerdote es lo que más lo atrae, como una posibilidad de volver a la Patagonia —siempre recordada y añorada por él— y ayudar a los suyos. Dice, por ejemplo, en una carta al director del colegio:

Estoy muy contento que el reverendísimo monseñor Cagliero me haya traído del campo para que sea buen cristiano [...] Algún día, cuando sea grande, también le ayudaré a monseñor Cagliero a convertir indios. Los pobres que están allí no saben que hay Dios, no saben que Jesucristo derramó su sangre para salvarnos. Yo tampoco lo sabía que había Dios, cuando vine; pues entonces debemos rezar por ellos para que se salven...

Este fragmento, que refleja el espíritu de muchos otros que escribió Ceferino, puede parecernos que es injusto con lo que era la religiosidad mapuche, que también tenía sus dioses y sus rituales. Pero tenemos que tener presente que —más allá de sus nobles intenciones— de alguna manera él está repitiendo la lección que sus educadores le han enseñado, y se muestra orgulloso de haberla aprendido.

Muy triste fue sin duda la vida de Ceferino Namuncurá, luchando contra lo que era su raíz y su esencia para tratar de salvar a su raza de la pobreza y la marginalidad. Lejos de los suyos le tocó vivir y más lejos aún, en el más extraño de los mundos, le tocaría morir.

La partida de Ceferino

La tuberculosis que afectó a Ceferino —enfermedad fatal para los mapuches y de la que fue víctima por lo menos otro de sus hermanos— se le insinuó a los quince o dieciséis años. En julio de 1904 parte a Italia junto con monseñor Cagliero. ¿Lo llevan para ver si un cambio de clima mejoraría su deteriorada salud?, ¿o para mostrarlo como trofeo al papa Pío X?

La ciudad de Roma lo impresiona grandemente, las iglesias, las ruinas paganas, el Vaticano... Y lo más conmovedor: la visita al Papa.

Un compañero suyo, que hizo parte del viaje en barco junto con él y con quien se reencontró en Roma, dejó escrito:

¡Pobre Namuncurá! Él fue la flor exótica y tímida que nació entre los fríos de la pampa. La tuberculosis, insaciable, le devoraba fibra a fibra toda su mocedad. Estaba pálido, deshecho, cadavérico. Pero sin embargo, ¡qué serenidad tenía en sus dos ojos profundos! ¡Qué tranquilidad en su descarnado semblante!

Allá continúa con sus estudios, se esfuerza para aprender el italiano... ¡Pero cuánta soledad y tristeza se revela a veces en sus cartas!

...los recreos que hago no son recreos. Solamente voy al patio a tomar aire, después siempre solo, sin hablar con ninguno.

En la última carta que escribe a su padre (un grandísimo amor por su padre se trasluce en todas ellas) le dice, con caligrafía trabajosa por el pulso débil:

Mi amadísimo papá... Agradézcole su grande resignación de sacrificar tantos años en no vernos. En cuanto a mis estudios, resulta muy bien, pero la salud me lo impidió continuar... Cuando está mejor me prepararé para volver en Buenos Aires y de ahí a Viedma... Querido papá, os pido su paternal Bendición y créame su afectísimo hijó que desea abrazaros.

Uno de sus enfermeros en el hospital de Fate Bene Fratelli dejó este testimonio de sus últimos días:

Conocí a Ceferino Namuncurá en el breve tiempo en que fue paciente de este hospital. No había sabido nada de su vida... solo después de su muerte se me dijo que era hijo de un señor de las Pampas y entonces comprendí por qué monseñor Cagliero venía a visitarlo... De su permanencia aquí guardo el más grato recuerdo. Tenía siempre los ojos bien abiertos y fijos en lo alto, en actitud de continua oración. No demostraba que sufría. Sabía, sí, la gravedad de su estado y comprendía que ambos pulmones estaban afectados. No hablaba casi nunca, no se quejaba de nada, pero aceptaba con gratitud lo que se le daba.

Falleció el 11 de mayo de 1905, a las seis de la mañana, solo acompañado por monseñor Cagliero.

En eso —narra el propio Cagliero— llegaba de las cordilleras del Aluminé y Catanilil una carta del viejo cacique e infortunado padre. Lo creía restablecido y lleno de vida, le encomendaba que fuera siempre bueno, estudioso y rico en virtudes y saber, y le recordaba que era hijo del que había sido señor de las pampas... y que desde Roma, la ciudad más excelsa, se acordara de su anciano padre, de sus hermanos y de su gente, y pidiera a Dios por todos.

Los restos de Ceferino permanecieron durante casi veinte años en una olvidada tumba del cementerio Campo Verano, en Roma, con una inscripción que rezaba: "Zeffirino Namuncura, d'anni 18, morto a Roma li 11 maggio 1905". Fueron repatriados por los salesianos en 1924 y reposan en la ermita de Fortín Mercedes (Pedro Luro), sobre el río Colorado, al sur de la provincia de Buenos Aires.

Namuncurá sobreviviría a su hijo dos años más.



El cacique Namuncurá (sentado) y algunos de sus parientes. Fotografía tomada en Buenos Aires en 1884.

LOS MAPUCHES HOY

Los mapuches siguen siendo hoy un pueblo (o nación), repartido entre dos Estados, que lucha por preservar su autonomía cultural. Este es un tema de profunda discusión, donde algunos confunden autonomía con separatismo o con fragmentación del Estado.

En todo caso, esto parece ser la contracara de políticas integracionistas, es decir, políticas que los han asimilado con igualdad de derechos a la ciudadanía de cada país pero han desdeñado de esa forma su condición etnocultural diferente.

La población mapuche se calcula en un millón y medio de personas entre Argentina y Chile.

En la Argentina se concentra sobre todo en las provincias de Neuquén, Río Negro y Chubut; queda una pequeña comunidad ranquel en la provincia de La Pampa y descendientes pampas en enclaves de la provincia de Buenos Aires como Los Toldos y Trenque Lauquen.



Restitución de los restos del cacique Mariano Rosas a su familia en Leuvucó, La Pampa, junio de 2001. Foto de Jimmy Rodríguez.

Cuadro aproximado de las comunidades mapuches inscriptas o con solicitud de inscripción de la personería jurídica en distintas provincias argentinas.

COMUNIDAD	PARTIDO o DEPARTAMENTO
BUENOS AIRES	
Centro Mapuche Trahun Peñi	Carmen de Patagones
Comunidad Cacique General de las Pampas	Azul
Comunidad Hermanos Mapuches de los Toldos	General Viamonte
CHUBUT	
Araucana Paso de Indios	Paso de Indios
Blancura y Rinconada	Cushamen
Cerro Centinela	Futaleufú
Chacay Oeste y Laguna Fría	Telsen
Chalia	Río Senguer
Comunidad Aborigen El Mirador	Gastre
Comunidad de Nahuelpán	Esquel
Comunidad Indígena Costa del Lepa	Cushamen
Comunidad Indígena de Ancao Carril y Victorina Palma	Río Senguer
Comunidad Indígena Emilio Prane	Cushamen
Comunidad Indígena Huanguelén Puelo	Cushamen
Comunidad Indígena Huisca Antieco	Futaleufú
Comunidad Indígena Vuelta del Río	Cushamen
Comunidad Mapuche Cushamen Centro	Cushamen
Comunidad Mapuche Enrique Sepúlveda	El Maitén
Comunidad Mapuche Futa Huau	Cushamen
Comunidad Mapuche Motoco Cárdenas	Cushamen
Comunidad Tehuelche Pirren Mawuiza	Esquel
Costa Ñorquinco Sur	Cushamen
Cushamen Centro	Cushamen
Fitamiche	Cushamen
Fofo-Cahuel	Cushamen
Katrauleuaiñ	Rawson
Lagunita Salada, Cerro Bayo y Gorro Frigio	Telsen
Mallín de los Cuales	Telsen
Organización Mapuche Laku Mapu	Cushamen
Pirren Mawiza	Futaleufú
Pocitos de Quichaura	Languineo
Pú Fotúm Mapú	Biedma
Ranquil-Huao-Cordillera y Tropezón	Cushamen
Taquetren	Gastre
Tramaleo o Loma Redonda	Río Senguer
Vuelta del Río	Cushamen
Yala Laubat- Blancuntre	Gastre

LA PAMPA	
Colonia Emilio Mitre	Chalileo
MENDOZA	
Comunidad Mapuche Mapudungun	Las Heras
NEUQUÉN	
Agrupación Indígena Paineo	Catan Lil
Agrupación Mapuche Ancatrúz	Collon Cura
Agrupación Mapuche Antñir Pilquiñan	Minas
Agrupación Mapuche Atreico	Huiliches
Agrupación Mapuche Cañicul	Huiliches
Agrupación Mapuche Cayulef	Catan Lil
Agrupación Mapuche Cheuquel	Picunches
Agrupación Mapuche Curruhuinca	Lácar
Agrupación Mapuche Marifil	Picún Leufu
Agrupación Mapuche Millain Currical	Loncopué
Agrupación Mapuche Namuncurá	Collon Cura
Agrupación Mapuche Painemil	Confluencia
Agrupación Mapuche Quinchao	Zapala
Asociación Mapuche Nehuen Mapu	Confluencia
Asociación Mapuche We Kyveh	Confluencia
Comunidad Aigo	Aluminé
Comunidad Currumil	Aluminé
Comunidad Indígena Agrupación Mapuche Cañicul	Huiliches
Comunidad Indígena Cayún	Lácar
Comunidad Indígena Ñorkinko	Aluminé
Comunidad Indígena Raquitue	Huiliches
Comunidad Kallfvkura	Zapala
Comunidad Kaxipayiñ	Añelo
Comunidad Lof Gelay Ko	Zapala
Comunidad Lof Lefiman	Aluminé
Comunidad Lof Lonko Purran	Confluencia
Comunidad Lof Maripil	Ñorquin
Comunidad Lof Paichil Antreao	Los Lagos
Comunidad Lof Placido Puel	Aluminé
Comunidad Lof Wiñoy Folil	Zapala
Comunidad Lof Wiñoy Tayin Rakizuam	Aluminé
Comunidad Mapuche Antipán	Zapala
Comunidad Mapuche Catalán	Aluminé
Comunidad Mapuche Cayún	Lácar
Comunidad Mapuche Cayupán	Catan Lil
Comunidad Mapuche Chiquilhuin	Huiliches
Comunidad Mapuche Felipin	Catan Lil
Comunidad Mapuche Gramajo	Zapala
Comunidad Mapuche Hiengheihual	Aluminé

Comunidad Mapuche Huayquillan	Ñorquin
Comunidad Mapuche Kilapi	Loncopué
Comunidad Mapuche Linares	Huiliches
Comunidad Mapuche Manqui	Ñorquin
Comunidad Mapuche Mellao Morales	Loncopué
Comunidad Mapuche Millaqueo	Zapala
Comunidad Mapuche Paineofilu	Huiliches
Comunidad Mapuche Puel	Aluminé
Comunidad Mapuche Ragin Ko	s/d
Comunidad Mapuche Rams	Catan Lil
Comunidad Mapuche Raquithue	s/d
Comunidad Mapuche Vera	Lácar
Comunidad Mapuche Zapata	Zapala
Confederación Indígena Neuquina	s/d
Lof Kinxikew	Los Lagos
Lof Zuñaiga	Catan-lil
RÍO NEGRO	
Comunidad Indígena Ancalao	Ñorquinco
Comunidad Indígena del Pueblo Mapuche "Thripan Anty"	Bariloche
Comunidad Mapuche Kom Kiñe Mu	Ñorquinco
Comunidad Mapuche Lof Ranquehue	Bariloche
Comunidad Mapuche Lof Wiritray	Bariloche
Comunidad Mapuche Quintupuray	Bariloche
Comunidad Mapuche Tequel Mapu	Bariloche
Comunidad Urbana Mapuche Monguel Mamuel	Adolfo Alsina
Cuesta del ternero	Bariloche
Kume Peuke Mapuche de la Comunidad de Cerro Policía (Descendiente de la Tribu Sayhueque)	25 de Mayo
Lof Huenchupán	Bariloche
Lof Ngpun Currha - Mamull Choyque	Ñorquinco
Lof Peñi Mapu	Ñorquinco
Lof Putrem Tuli Mahuida	Ñorquinco
Lof Wefuwecu	Pilcaniyeu

En Chile existen actualmente más de dos mil comunidades mapuches diseminadas a lo largo de todo el territorio.

Los derechos de la "Gente de la tierra"

La Constitución argentina de 1994 reconoce los derechos indígenas, pero aún falta un largo camino por recorrer para que estos derechos se cumplan. De todos, el más importante quizá sea el referido a regularizar la titularidad de tierras que tradicionalmente ocupan, y el derecho a una educación intercultural.

También en Chile —más renuente al reconocimiento de los derechos indígenas—, a lo largo del siglo XX el tema fundamental ha sido el de las relaciones de propiedad, la consiguiente defensa de la autonomía territorial de las comunidades y la autonomía cultural.

Si en un primer momento los caciques recibieron la propiedad de la tierra para administrarla dentro de la comunidad, medida consecuente con la preservación de las tradiciones colectivas mapuches, la tendencia a establecer la propiedad privada individual dentro de las comunidades ha constituido una iniciativa del Estado chileno, incrementado durante la dictadura, que atenta contra el modo de vida comunitario mapuche. La dictadura pinochetista anuló además la ley que reconocía la especificidad de los pueblos indígenas, afirmando que todos eran "chilenos".

La lucha por la propiedad territorial adquiere en algunos casos ribetes preocupantes, como es el caso en la Argentina de la venta indiscriminada de millones de hectáreas en la Patagonia a grandes empresas multinacionales o a "ricos y famosos". Muchas de estas tierras, consideradas fiscales por el Estado pero reivindicadas por los mapuches como su propiedad ancestral, incluyen en sí importantísimos recursos naturales y paisajísticos: lagos enteros, bosques enteros enajenados por la propiedad privada.

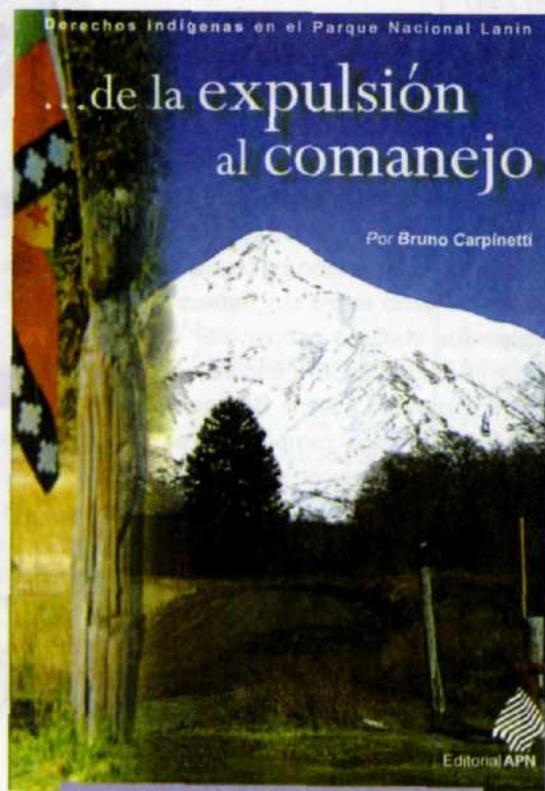
Quizá el caso más resonante entre otros muchos sea el de las 900.000 hectáreas adquiridas por la firma Benetton en la década de 1990. Viejos errores de mensura parecen haber dejado entre sus límites una antigua reserva indígena, que hace poco tiempo fue vuelta a ocupar por la familia mapuche Curiñanco para ponerla a producir. Pero los Curiñanco fueron intimados de desalojo por los nuevos dueños de la tierra. La firma Benetton acusó a los mapuches de la apropiación "clandestina" de esos campos, cuyos títulos de propiedad posee solo ella. Y la Sociedad Rural Argentina, por su parte, repudió la ocupación y pronosticó que si otras familias mapuches seguían el ejemplo de los Curiñanco se desataría en la región "una ola de violencia y sangre".



Foto de Juan Pablo Lavagnino.

La reivindicación de los territorios ancestrales, que corre pareja con la demanda de una educación intercultural, ha encontrado alguna respuesta en lo que significa el comanejo en las áreas naturales protegidas, como los Parques Nacionales. La primera experiencia realizada en la Argentina es la del Parque Lanín, administrado por las comunidades mapuches que alberga el parque (siete en total), la Confederación Mapuche Neuquina, la Administración de Parques Nacionales y las autoridades municipales.

No obstante, más allá de sus reivindicaciones históricas como pueblo, no debemos olvidar que los mapuches constituyen hoy una parte más de las sociedades argentina y chilena, a las que han aportado y aportan —mucho más de lo que podemos imaginarnos— su rico acervo cultural y humano.



Edición de la Administración
de Parques Nacionales.

LOS MAPUCHES en la literatura

Los mapuches están muy presentes en toda la literatura argentina y chilena. Desde aquel poema épico que mencionamos al comienzo —*La araucana*, de Alonso de Ercilla—, su protagonismo e interrelación con la cultura del conquistador los ha hecho entrar en una abundante producción.

No los ignora la mayoría de las obras más famosas de la literatura argentina del siglo XIX, desde el poema de Esteban Echeverría “La cautiva”, y hasta hoy día es un tema que convoca a nuestros escritores.

Un trabajo significativo en este sentido es el libro *Indios pampas y conquistadores del desierto en la novela*, de Samuel Tarnopolsky, editado por el Fondo Editorial Pampeano en 1996, que releva y comenta más de cien novelas publicadas sobre el tema.

Martín Fierro

El famoso poema de José Hernández es un tremendo testimonio poético de lo que era la vida del habitante de la campaña durante la guerra de fronteras: el gaucho.

El gaucho es un tipo mestizo que desarrolló su cultura en esa franja indecisa de la llanura que separaba a blancos y mapuches. Las guerras de la Independencia y luego las de fronteras los reclutaron por la fuerza para ir al combate, despojándolo de lo más preciado que el gaucho tenía, que era su libertad.

El *Martín Fierro* es un poema que está dividido en dos partes: la primera apareció en 1873 y se llamó *El gaucho Martín Fierro*, y la segunda, que se llamó *La vuelta de Martín Fierro*, apareció siete años después, en 1879, justo el año de la Conquista del Desierto.

En la primera parte, Martín Fierro es llevado por la fuerza a servir en la frontera. Hasta que, como hacían muchos gauchos, cansado del

maltrato y la miseria y opresión en la vida de los fortines, decide desertar. En el final, junto con su amigo, el sargento Cruz —los dos desertores y perseguidos—, se ponen en marcha a buscar refugio en las tolderías (cosa muy frecuente entre los que desertaban), porque “hasta los indios no alcanza la facultá del gobierno”:

Yo sé que allá los caciques
amparan a los cristianos
y que los tratan de “hermanos”
cuando se van por su gusto...

Fabricaremos un toldo
como lo hacen tantos otros,
con unos cueros de potro
que sea sala y cocina.
¡Tal vez no falte una china
que se apiade de nosotros!

Allá no hay que trabajar,
vive uno como un señor;
de cuando en cuando un malón,
y si de él sale con vida
lo pasa echao panza arriba
mirando dar güelta el sol.



“Los dos caminos”, de J. M. Blanes.

La segunda parte empieza entonces con el relato que hace Martín Fierro de su vida en las tolderías, que no es la cosa casi idílica que él esperaba cuando había decidido ir a refugiarse allí. Así es como ahora menciona siempre al mapuche con epítetos como “maldito”, “feroz”, “ladrón”, etc., etc.:

El indio pasa la vida
robando o echao de panza;
la única ley es la lanza
a que se ha de someter...

Se cruzan por el desierto
como un animal feroz...
parece que a todos ellos
los ha maldecido Dios.

...hasta los nombres que tienen
son de animales y fieras...

Odia de muerte al cristiano,
hace guerra sin cuartel;
para matar es sin yel,
es fiero de condición;
no golpea la compasión
en el pecho del infiel.



“El rapto. Rescate de una cautiva”,
de J. M. Rugendas.

También habla de la destreza de los mapuches con el caballo, en la cacería, y de cómo se organizan para dar malón. Lo único que rescata como positivo es lo siguiente:

Se reparten el botín
con igualdá, sin malicia;
no muestra el indio codicia,
ninguna falta comete:
solo en esto se somete
a una regla de justicia.

Cuando se refiere a la situación de la mujer, dirá que es como una esclava de su marido. Y como tampoco comprende la religiosidad del mapuche, no interpreta el sentido de las rogativas, donde las mujeres tienen que cantar de la mañana a la noche dentro del potrero en que se hace la ceremonia; Martín Fierro sigue viendo eso como un maltrato:

Muchas veces se les oyen
a las pobres los quejidos
mas son lamentos perdidos;
alrededor del cercao,
en el suelo, están mamaos
los indios, dando alaridos.

Al trote dentro del cerco,
sudando, hambrientas, juriosas,
desgreñadas y rotosas,
de sol a sol se lo llevan:
bailan, aunque truene o llueva,
cantando la mesma cosa.

Y para completar el “cuadro de horror”, Hernández pone al final el episodio del indio que degüella al hijito de una cautiva y amarra con sus tripitas las manos de la madre. Así concluye Martín Fierro su pintura:

Estas cosas y otras piores
las he visto en muchos años;
pero, si yo no me engaño,
concluyó aquel bandalaje,
y esos bárbaros salvajes
no podrán hacer más daño.

Es una alusión a la Conquista del Desierto, que ya se ha puesto en marcha.

Una excursión a los indios ranqueles

El día 30 de marzo de 1870 el coronel Lucio V. Mansilla, destacado en el Río Quinto, inicia una comisión a los caciques ranqueles, la cual daría origen a uno de los libros más grandiosos de la literatura argentina.

El motivo del viaje fue un tratado de paz que ya había sido aprobado por los ranqueles pero al que el presidente Sarmiento le había hecho luego algunas enmiendas. Mansilla protestó por estas enmiendas a su tratado y Sarmiento lo retó, todo lo cual generó un clima de desconfianza en las tolderías. Entonces, para ratificar las paces firmadas con los caciques, Mansilla se manda esa "calaverada" a Leubucó.

El coronel pasa algunos días con Mariano Rosas y Baigorrita, y así su relato va presentando todo un cuadro de costumbres, una filosofía, la vida, la sabiduría del paisano ranquel, donde no faltan por cierto notas muy pintorescas y humorísticas.

Pero no solo los ranqueles son pintados en el libro, sino que aparece también toda una serie de retratos de otros personajes que vivían en las tolderías: desertores, refugiados, cautivos, de lo que resulta un complejo panorama social.

Y llega el momento en que se realiza el gran parlamento, donde finalmente se ratifica el tratado de paz y todos quedan de amigos, aunque el comentario final que recibe Mansilla de parte de un viejo y experimentado ranquel es el siguiente: "He oído todas las razones de usted y ninguna me ha gustado".

Terminado esto se prepara Mansilla a regresar al Río Quinto luego de quince días de visita. Y esta es la reflexión que nos deja a su partida:

Tanto que declamamos sobre nuestra sabiduría, tanto que leemos y estudiamos, ¿y para qué? Para despreciar a un pobre indio, llamándole bárbaro, salvaje, para pedir su exterminio, porque su sangre, su raza, sus instintos, sus aptitudes no son susceptibles de asimilarse con nuestra civilización empírica, que se dice humanitaria, recta y justiciera, aunque hace morir a hierro al que a hierro mata, y se ensangrienta por cuestión de amor propio, de avaricia, de engrandecimiento, de orgullo, que para todo nos presenta en nombre del derecho el filo de una espada [...] ¡Ah! Mientras tanto, el bárbaro, el salvaje, el indio ese, que rechazamos y despreciamos, como si todos no derivásemos de un tronco común, como si la planta hombre no fuese única en su especie, el día menos pensado nos prueba que somos muy altaneros, que vivimos en la ignorancia, de una vanidad descomunal, irritante, que ha penetrado en la obscuridad nebulosa de los cielos con el telescopio, que ha suprimido las distancias por medio de la electricidad y del vapor; que volará mañana, quizá, convenido; pero que no destruirá jamás, hasta aniquilarla, una simple partícula de la materia, ni le arrancará al hombre los secretos recónditos del corazón. Todo estaba pronto para la marcha.

Personajes de historieta

Desde los inicios del género en la Argentina, la historieta abrevó en episodios de la historia nacional, y de todos los momentos históricos los más frecuentados fueron sin duda los relacionados con las guerras de frontera contra el mapuche y la Conquista del Desierto.

- Raúl Roux, exponente de la historieta de divulgación histórica, fue el creador de las series "Lanza Seca" y "Fierro a Fierro" —publicadas en la revista *Patoruzito*—, utilizando para ello diversos libros escritos por protagonistas de las campañas militares o las memorias de civiles que habían vivido esa experiencia.

- Un personaje de gran popularidad y que mantuvo su vigencia por casi medio siglo fue el Cabo Savino. Creado en 1954 por el dibujante Carlos Casalla, se publicó inicialmente en el vespertino *La Razón*, pasó luego a la revista *Puño Fuerte* y posteriormente a *El Tony y Fantasía*, títulos en los que siguió apareciendo —a cargo de diferentes guionistas y dibujantes— casi hasta el cierre de Editorial Columba en 2001.

- "Pehuén Curá", por su parte, narraba las aventuras de un baqueano (explorador) a las órdenes de Juan Manuel de Rosas durante su campaña al Desierto. Escrita por Julio Álvarez Cao y dibujada por Juan Arancio, se publicó en la revista *D'Artagnan* desde finales de los años sesenta.

- Un personaje continuador del Cabo Savino fue Martín Toro, también milico de fortines igual que Savino, guionado, igual que este último y "Pehuén Curá", por Jorge Claudio Morhain.



Página de la revista *Fantasía*.

- “La guerra del desierto” fue una serie creada en los años setenta por Enrique Breccia y cuya temática está implícita en el título. Se publicó primeramente en Italia como “La Guerra della Pampa”, en forma de libro, y recién entre 1980 y 1981 aparecieron algunos de sus episodios en la revista *Superhumor*.
- El célebre guionista argentino Héctor G. Oesterheld —creador de *El Eternauta*— pensaba destinar algunos episodios de los que empezó a publicar en la revista *Epopeyas Argentinas* a la Conquista del Desierto, pero la revista dejó de aparecer luego de unos pocos números en 1971.

Bibliografía

- BAIGORRIA, Manuel: *Memorias*, Buenos Aires, Solar/Hachette, 1975.
- CLIFTON GOLDNEY, Adalberto: *El cacique Namuncurá, el último soberano de la pampa*, Buenos Aires, Huemul, 1964.
- COLOMBRES, Adolfo (coordinador): *Literatura popular bonaerense*, vol. 2, Buenos Aires, Catálogos-Instituto Cultural de la Provincia de Buenos Aires, 2004.
- CURRUHUINCA-ROUX: *Las matanzas del Neuquén*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1987.
- ENTRAIGAS, Raúl: *El mancebo de la tierra*, Buenos Aires, Instituto Salesiano de Artes Gráficas, 1970.
- ERCILLA, Alonso de: *La araucana*, Barcelona, Sopena, 1974.
- ERIZE, Esteban: *Mapuche*, Buenos Aires, Yepún, 1990.
- FERNÁNDEZ, César: *Relatos y romanceadas mapuches*, Buenos Aires, Del Sol, 1996.
- GÁLVEZ, Manuel: *El santito de la tolería*, Buenos Aires, Poblet, 1947.
- GUINNARD, Augusto: *Tres años de cautiverio entre los patagones*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1941.
- HERNÁNDEZ, José: *Martín Fierro*, Buenos Aires, Colihue, 1998.
- HUX, Meinrado: *Caciques huilliches y salineros, Caciques pampa-ranqueles, Caciques borogas y araucanos, Caciques puelches pampas y serranos, Caciques pehuenches*, Buenos Aires, Marymar, 1991.
- *Memorias del ex cautivo Santiago Avendaño*, Buenos Aires, El Elefante Blanco, 1999.
- ICIA: *El universo cultural mapuche*, inédito.
- KURTEFF, Aída: *Los araucanos en el misterio de los Andes*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1979.
- MANSILLA, Lucio V.: *Una excursión a los indios ranqueles*, Buenos Aires, Biblioteca Ayacucho, 1986.
- MARTÍNEZ, Carlos R.: “Presencia de la historia nacional en la historieta ar-

gentina", en Tebeosfera 050930, revista digital de historieta, www.tebeosfera.com

MUSTERS, George: *Vida entre los patagones*, Buenos Aires, El Elefante Blanco, 1995.

PRADO, Manuel: *La guerra al malón*, Buenos Aires, Xanadu, 1976.

REX GONZÁLEZ, Alberto y José A. Pérez: *Argentina indígena. Vísperas de la conquista*, Buenos Aires, Paidós, 2000.

SARRAMONE, Alberto: *Catriel y los indios pampas de Buenos Aires*, Azul, Biblos, 2001.

TAULLARD, Alfredo: *Tejidos y ponchos indígenas de Sudamérica*, Buenos Aires, Guillermo Kraft, 1949.

Todo es Historia, "Memorias de Lorenzo Deus, cautivo de los indios".

YUNQUE, Álvaro: *Calfucurá. La conquista de las pampas*, Buenos Aires, Antonio Zamora, 1956.

ZEBALLOS, Estanislao: *Callucurá y la dinastía de los Piedra*, Buenos Aires, Solar, 1994.

— *Viaje al país de los araucanos*, Buenos Aires, El Elefante Blanco, 2002.

Documentos en

Archivo General de la Nación

Archivo Mitre

Índice

PROLEGÓMENOS.....	7
Quiénes son los mapuches	7
Expansión del pueblo mapuche.....	8
Ubicación geográfica.....	9
¿Chilenos o argentinos?	10
MUNDO ESPIRITUAL.....	11
¿Mapu es "tierra", es "país"?	11
Los pillanes.....	14
Las ceremonias religiosas mapuches.....	14
El nguillatún.....	14
El nguempín	16
COSTUMBRES, MODALIDADES Y TRADICIONES	17
Organización social.....	17
Los caciques o lonkos.....	17
Los machis	18
Otras ceremonias y rituales.....	18
Catán cahuiñ.....	18
El casamiento.....	19
Los funerales	20
La platería.....	20
Los tejidos.....	22
Mapudungún o mapuzugún ("el idioma de la tierra")	23
Una lengua sin escritura	24
La escritura y la pronunciación	24
Los nombres de persona.....	25
Un pequeño glosario.....	26
Literatura mapuche.....	28
La música y el canto mapuche.....	30
Aspectos culturales del pasado.....	33

<i>El caballo del mapuche</i>	33
<i>El malón</i>	36
<i>Los cautivos</i>	37
<i>Lenguaraces y escribientes</i>	39
<i>La rucá mapuche</i>	41
<i>La chueca o palín</i>	43
HISTORIA	45
Valdivia y el comienzo de una guerra de tres siglos.....	45
Todos los hijos de América.....	46
<i>Los mapuches y San Martín</i>	47
<i>¡¡¡Rosas!!!</i>	48
<i>Los Catriel</i>	49
La Campaña a los llanos.....	49
<i>Yanquetruz</i>	50
<i>Chocorí</i>	51
<i>La visita de Charles Darwin</i>	51
<i>Los mapuches voroganos</i>	52
<i>Calfucurá</i>	53
En las tolderías ranqueles.....	54
La caída de Rosas	55
La unificación nacional.....	56
La película del Rey.....	58
El principio del fin.....	60
El nuevo Rey de las Pampas	61
<i>La tragedia de los Catriel</i>	62
<i>El Malón Grande</i>	63
<i>La Zanja de Alsina</i>	64
La Conquista del Desierto.....	65
<i>El ocaso de los jefes ranqueles</i>	65
<i>La conquista del País de las Manzanas</i>	67
<i>La reina Bibiana</i>	68
<i>La rendición de Manuel</i>	68
La "Pacificación de la Araucanía".....	70
Ceferino Namuncurá.....	70
<i>El Lirio de la Patagonia</i>	73
<i>Una naturaleza devota y sumisa</i>	74
<i>La partida de Ceferino</i>	75

LOS MAPUCHES HOY.....	77
Los derechos de la "Gente de la tierra"	80
LOS MAPUCHES EN LA LITERATURA	83
Martín Fierro.....	83
Una excursión a los indios ranqueles.....	86
Personajes de historieta.....	87
BIBLIOGRAFÍA.....	89



Esta edición
de 3000 ejemplares
se terminó de imprimir en
A.B.R.N. Producciones Gráficas S.R.L.,
Wenceslao Villafañe 468,
Buenos Aires, Argentina,
en abril de 2008.



SENDEROS

Una mirada actualizada y dinámica sobre nuestros pueblos originarios, que en el mundo uniforme que hoy nos toca transitar siguen ahí haciendo oír su vitalidad, bullente o callada, esperanzada o trágica, en la savia de América.

Para el lector primero, que quiera asomarse en estas páginas a un universo vigente, y para aquel que quiera repasar aspectos de estas identidades.

Omar Lobos nació en La Pampa en 1964. Es licenciado en Letras, docente, traductor e investigador. De 1998 a 2001 publicó artículos semanales sobre historia mapuche en el suplemento educativo del más importante periódico pampeano. Participó asimismo con una serie de cuentos para chicos en la campaña de lectura "Parques Nacionales: lee los, cuidalos, disfrutalos" (2007), alusivos al patrimonio de los parques. Es autor de la novela La veranada del chachi Calfucurá.



SENDEROS
DE LOS PUEBLOS
ORIGINARIOS
DE AMÉRICA

Primeros títulos:

- *Pueblos originarios de América. Introducción,* por Susana Frank
- *Los guaraníes,* por Adolfo Colombres
- *Los mapuches,* por Omar Lobos
- *Los collas,* por Germán Ibáñez



Próximos títulos:

- *Los incas*
- *Los mayas*
- *Los aztecas*
- *Los pueblos fueguinos*
- *Los tobas*
- *Los chiriguano*
- *Los sioux*
- *Los cherokee*



Los mapuches, o "gente de la tierra", conforman el horizonte indígena que domina todo el sur de Argentina y Chile. Sometidos después de tres siglos y medio de lucha con el blanco, tuvieron asimismo una importante injerencia en la historia de estos dos países en el siglo XIX, a lo largo del cual ambos se consolidaron como repúblicas independientes. Su enconada resistencia durante el largo período que se conoce como guerra de fronteras contribuyó, por ejemplo, al desarrollo de una cultura como la gauchesca, de profunda impronta en la Argentina. A la vez, su propio modo de ser como pueblo, perdurará e influirá de modo relevante en la consolidación de las culturas nacionales argentina y chilena.

Este libro propone un recorrido por sus orígenes, tradiciones, historia, hasta su integración —si bien con reservas de su autonomía cultural— a nuestro presente.

ISBN 978-987-632-702-2



9 789876 432702

